

LIBROS

- 1997 **Anuario Estratégico de América Latina y el Caribe 1997**, FLACSO Chile/PAZ y Seguridad en las Américas, Santiago, 1997, \$ 6.000.
- Seguridad interna, paz y democracia**, Daniel Góngora, Jorge Domínguez (Ed.), FLACSO Chile/PAZ y Seguridad en las Américas, Wilson Center, Santiago, 1998, \$ 6.000.
- 1997 **Masculinidad/es: Poder y género**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), Edición de las Mujeres N° 24, 1996, Internacional/FLACSO Chile, Santiago, 1997, \$ 4.500.
- Los Temas Críticos de la educación superior en América Latina. Vol. 2: Los años 90. Expansión privada**, EVA/FLACSO, Santiago, 1997, \$ 4.500.
- El Mercosur de la defensa: Estudio Estratégico**, FLACSO Chile/PAZ y Seguridad en las Américas, Santiago, 1997, \$ 8.000.
- Balance estratégico y medidas de confianza mutua**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center/PAZ y Seguridad en las Américas/POCAL, Santiago, 1997, \$ 5.000.
- Medidas de confianza mutua y verificación**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center/PAZ y Seguridad en las Américas/POCAL, Santiago, 1997, \$ 5.000.
- 1996 **Latin American Women: Compared Figures**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), FLACSO/Instituto de la Mujer de España, Santiago, 1996, \$ 8.000.
- Mujeres Latinoamericanas en Cifras: Tomo comparativo**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), FLACSO/Instituto de la Mujer de España, Santiago, 1996, \$ 8.000.

NUEVA SERIE FLACSO

- 1998 **Chile 1997: Análisis y opiniones**, María Aldea, Andrés Angulo, Cristina Benavente, José Joaquín Brunner, Beatriz Calderón, Hugo Castillo, Patricia Contreras, Cristian Cox, José Luis Díaz, Marcela Domínguez, Manuel Antonio Gaudin, Gabriela Gaspar, Sergio Gómez, Soledad López, Mercedes López, Roberto Lissner, Carlos Martín, Camilo Mellado, Paz Miller, Gabriela Muñoz, Oscar Muñoz, Patricia Navea, María Pizarro, José Olavarría, Marcela Ríos de Aca, Francisco Rojas, José Miguel Sandoval, Teresa Valdés, Luis Val, Santiago, 1998, \$ 9.000.
- La Nueva agenda argentina-chilena**, Claudio Fuentes y Carlos Martín (Eds.), Santiago, 1998, \$ 3.000.
- Brechas en la democratización: las visiones de la elite política sobre las fuerzas armadas**, Felipe Aguero (Ed.), Santiago, 1998, \$ 3.000.
- Chile in the International Economy**, Carlos D. Medina y Gabriela Rincón (Eds.), Santiago, 1998, \$ 3.000.
- 1997 **Chile: Bóveda para los nuevos desafíos de la integración**, Claudio Fuentes y Paz Miller (Eds.), Santiago, 1997, \$ 3.000.
- Apática y sociedad de masas en la democracia chilena actual**, Rodrigo Barro (Ed.), Santiago, 1997, \$ 3.000.
- Honorable cultural en Santiago de Chile**, Isaac Caro y Gabriel Guajardo (Eds.), Santiago, 1997, \$ 3.000.
- Sexualidad en jóvenes universitarios**, Jacqueline Gysling, M. Cristina Benavente y José Olavarría (Eds.), Santiago, 1997, \$ 4.000.

COLECCION PAZ Y SEGURIDAD EN LAS AMERICAS

- 1998 **La Seguridad Hemisférica en el siglo XXI: El nuevo concepto de seguridad hemisférica cooperativa**, Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center, Santiago, 1998, \$ 4.000.
- Argentina y la Seguridad Internacional: Colección Paz y Seguridad en las Américas**, Paz Miller (Ed.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center, Santiago, 1998, \$ 4.000.
- Cuba y la Seguridad Internacional: Colección Paz y Seguridad en las Américas**, Rafael Aguero (Ed.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center, Santiago, 1998, \$ 4.000.
- 1997 **El Papel de las Américas en el siglo XXI: Colección Paz y Seguridad en las Américas**, Camilo Sandoval (Ed.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center, Santiago, 1997, \$ 4.000.
- Neutralidad y Seguridad en América Latina y el Caribe: Informe Especial**, Colección Paz y Seguridad en las Américas, Paz Miller (Ed.), FLACSO Chile/Woodrow Wilson Center, Santiago, 1997, \$ 4.000.

REVISTAS Y NEWSLETTERS

- Paz y Seguridad en las Américas**, Newsletter, Bimensual.
- América Latina y el Caribe: Revista trimestral.**
- Asia y América Latina: Newsletter**, Trimestral.

Vea nuestro catálogo actualizado en Internet:
<http://www.flacso.cl>

Leopoldo Urrutia 1950, Ñuñoa, Santiago
Casilla 3213, Correo Central
Teléfonos (562) 225 7357 - 225 6955 y 225 9938
Fax (562) 274 1004

flacso@flacso.cl
www.flacso.cl

FLACSO

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede CHILE

Masculinidades Populares.

Varones adultos jóvenes de Santiago

José Olavarría
Cristina Benavente
Patricio Mellado

FLACSO

Masculinidades Populares

Varones adultos jóvenes de Santiago

*José Olavarría
Cristina Benavente
Patricio Mellado*

Nueva Serie Flacso

Esta publicación es el resultado de una investigación realizada durante 1997-1998 por el Área de Estudios de Género de FLACSO, con el apoyo financiero del Fondo de Investigaciones para Estudios de Género del CONICYT.

Las opiniones que los trabajos presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO-Chile ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

305.4

O42 Olavarría, José; Benavente, Cristina y Mellado, Patricio

Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago

159 p. Nueva Serie FLACSO

ISBN: 956-205-121-8

1. MASCULINIDAD 2. ESTUDIOS DE GENERO 3. IDENTIDAD MASCULINA 4. SEXUALIDAD 5. RELACIONES AFECTIVAS 6. COMPORTAMIENTO SEXUAL 7. CHILE

© 1998 FLACSO-Chile. Inscripción N° 105.747. Prohibida su reproducción.
Editado por FLACSO-Chile, Leopoldo Urrutia 1950, Ñuñoa.
Teléfonos: (56-2) 2257357 - 2259938 - 2256955F ax: (56-2) 2741004
Casilla electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Producción editorial: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile.
Diagramación interior: Antonieta Luna, FLACSO-Chile.
Diseño portada: Osvaldo Aguiló
Impresión: LOM Ediciones

INDICE

Agradecimientos y presentación	5
PRIMERA PARTE: SER HOMBRE	7
I. INTRODUCCIÓN	7
II. CONSIDERACIONES CONCEPTUALES	10
1 Una perspectiva de género	10
2 Identidad e identidades de género	10
3 Socialización e identificación diferencial del género	12
4 Masculinidades y masculinidad hegemónica	13
5 Estereotipos sobre la masculinidad	15
6 Los límites de la masculinidad	16
7 Sexualidad, identidad e intimidad	17
III. SER HOMBRE JOVEN POPULAR	19
1 El proceso de hacerse varón adulto heterosexual	19
2 Ser varón adulto	23
3 Ser varón adulto tiene consecuencias	25
4 Ser hombre hoy día no es fácil	27
5 Nunca se termina de ser hombre	28
IV. LA SEXUALIDAD EN LA IDENTIDAD MASCULINA HETEROSEXUAL	29
1 La conciencia de la identidad sexual propia	29
2 Los agentes socializadores de la sexualidad de los varones	37
3 La primera relación sexual	51
V. EL TRABAJO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD MASCULINA	58
1 La incorporación al trabajo	58
2 Significados del trabajo para los varones	61
3 El trabajo del adulto joven popular: precariedad e identidad	64
4 Quedarse sin trabajo, una humillación	68
SEGUNDA PARTE: LAS RELACIONES DE PAREJA	71
VI. APRENDIENDO A COMPORTARSE CON LAS MUJERES	71
1 Los padres como modelo de pareja	71
2 Conociendo el mundo de las mujeres	78
VII. LA FORMACIÓN DE LA PAREJA	85
1 Los motivos de iniciar la convivencia con su pareja	85
2 El amor en la pareja	87
3 Convivir y casarse son cosas diferentes	89
4 La convivencia a veces fracasa	89
VIII. SEXUALIDAD Y SALUD REPRODUCTIVA EN LA PAREJA	91
1 Significado e importancia de la vida sexual en la pareja	92
2 La vida sexual con la pareja	93
3 La mujer es la responsable de la fecundidad y su control	99
4 Evaluación de la sexualidad con la pareja	105
5 Relaciones paralelas y sexo ocasional	106
IX. PROVEER EL HOGAR	108
1 El varón como proveedor en la pareja	108
2 El dinero y el ejercicio del poder	110
3 La organización del presupuesto familiar	112
4 El trabajo remunerado de la pareja	114
X. EMOCIONES, COMUNICACIÓN, CONFLICTOS Y EVALUACIÓN DE LA VIDA DE PAREJA	118
XI. CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES	128
XII. BIBLIOGRAFÍA	132
ANEXOS:	
1. Antecedentes metodológicos	138
2. Caracterización de los jóvenes entrevistados	141
3. Cuadros	143
4. Glosario de términos populares y chilenismos	153

**Masculinidades Populares.
Varones adultos jóvenes de Santiago**
José Olavarría, Cristina Benavente y Patricio Mellado

En este documento se presentan los resultados de una investigación cuya finalidad fue profundizar en el campo de las identidades masculinas de varones adultos jóvenes, de sectores populares de Santiago. A través de una metodología que buscó comprender sentido y subjetividad se entrevistó a un conjunto de varones jóvenes (21 a 29 años de edad), heterosexuales, con vida de pareja, convivientes y padres.

El propósito general fue conocer cómo los varones que viven en condición de pobreza e indigencia construyen sus identidades masculinas.

El documento tiene dos partes: la primera analiza, a través del relato de los jóvenes entrevistados, la identidad genérica de estos varones y el modelo hegemónico de masculinidad que emerge de dichos relatos. Profundiza sobre cómo la sexualidad y el trabajo se asocian con sus identidades masculinas.

La segunda parte se sitúa en las relaciones de pareja y el ejercicio del poder, desde la óptica del varón, los modelos que están presentes en las figuras del padre y la madre, la formación de la pareja, su vida sexual y reproductiva, el mandato que tienen los varones de proveer el hogar y lo que sucede cuando las mujeres se transforman también en proveedoras.

Se concluye que a pesar de detectarse ciertos cuestionamientos o vivencias "alternativas" frente a lo que se ha denominado el modelo hegemónico de masculinidad, éste sigue siendo su referente.

AGRADECIMIENTOS Y PRESENTACIÓN

Esta investigación nos ha permitido profundizar el conocimiento acerca de los varones de sectores populares, conocer cómo construyen sus identidades masculinas y los efectos que tiene su situación de pobreza e indigencia en sus masculinidades.

Para ello hemos contado con la colaboración de los hombres que nos narraron durante horas sus vidas y su sentir de varones. Todos ellos sabían del objeto fundamental del estudio y nos dieron su apoyo a través de sus relatos. A los veintidós jóvenes queremos expresarles nuestro agradecimiento, ellos posibilitaron la investigación.

Varias personas nos ayudaron en las transcripciones de las cintas de las entrevistas, trabajo lento y que requiere de mucha minuciosidad: a Antonieta Luna, Magaly Ortiz, Paula Arnal, Delia Martínez y Francisca Vera, les estamos muy agradecidos.

Desde la administración nos dieron su apoyo Manuel Coloma, con la fotocopidora, Mauricio Rodríguez haciendo gestiones diversas, Pablo Narváez posibilitando la infraestructura y Paula Arnal, desde el área contable. A todos ellos gracias.

Rodrigo Parrini, miembro del equipo de FLACSO, fue un constante colaborador de esta investigación, hizo parte de las entrevistas, transcribió otras, trabajó intensamente en la codificación de las entrevistas, en las búsquedas temáticas y tuvo especial participación en los capítulos sobre "Consideraciones conceptuales" y "Ser hombre joven". A Rodrigo le agradecemos su dedicación y aportes.

Teresa Valdés, encargada del Área de estudios de Género, fue la que estimuló esta investigación, así como el desarrollo de la línea temática sobre masculinidades en la FLACSO. Ella estuvo presente en las distintas etapas y nos brindó un gran apoyo con su rigurosidad científica, desde una perspectiva feminista. Sin Teresa esta investigación no habría sido posible. Muchas gracias Tere.

Agradecemos también a nuestros colegas y amigos/as del Área de Estudios de Género de FLACSO su apoyo e importantes comentarios que nos hicieron en el taller interno en que dimos a conocer los resultados y conclusiones de esta investigación. Varias de esas observaciones las hemos tratado de incorporar al texto.

El documento que se presenta analizó aquella información que tenía directa relación con el problema planteado, pero la investigación reunió una gran cantidad de información que no ha sido plenamente incorporada. Quienes hayan trabajado con relatos de vida saben de la densidad y extensión de las narraciones.

El documento tiene dos partes, la Primera centrada en las consideraciones conceptuales y en la construcción de las identidades masculinas de los jóvenes entrevistados, centrándose en la sexualidad y el trabajo. En la Introducción se hace una presentación de las preguntas que guiaron esta investigación, situándolas en el contexto socio económico de los sectores populares. A continuación (II) se presentan las consideraciones conceptuales en torno a las que se estudió el problema. El capítulo III analiza las características del proceso de constitución de la identidad genérica masculina en los adultos jóvenes heterosexuales de sectores populares; cómo se construye y adquiere socialmente. El capítulo siguiente (IV) trata acerca de la sexualidad y su relación con la identidad de los varones heterosexuales; cómo toman conciencia de ella, se socializan e inician sus primeras prácticas sexuales. A continuación, en el capítulo V, se analiza de qué manera el trabajo, sus vivencias y prácticas se asocian con la construcción de sus identidades como hombres. La Segunda Parte analiza la relación de pareja desde la óptica del varón. El capítulo VI se centra en la identificación de los padres

(pareja, padre y madre), como modelos y referentes de los varones y en las relaciones con las mujeres, desde la infancia. La formación de la pareja y los motivos que la constituyen forman parte del capítulo VII. El capítulo siguiente (VIII) gira en torno a la sexualidad y la salud reproductiva de la vida en pareja. El capítulo IX analiza el mandato que tienen los varones de proveer el hogar, qué significa para ellos ser los proveedores principales, qué sucede cuando las mujeres se transforman también en proveedoras y qué uso hacen del dinero en pareja. El capítulo X trata sobre la comunicación del varón con su pareja, la expresión de sus sentimientos y conflictos y cómo estas vivencias están afectadas por ciertos mandatos que hacen a su masculinidad. Finalmente (XI) se presentan conclusiones y reflexiones acerca del problema estudiado. Se incluye la bibliografía utilizada y se anexan: la metodología; cuadros que ayudan a la comprensión de las narraciones; pauta de entrevista, y glosario de términos populares y chilenismos.

Esta investigación se ha podido efectuar gracias al aporte del Fondo de Investigaciones para Estudios de Género del CONICYT. Ella forma parte de una línea de investigaciones que FLACSO-Chile, a través del Área de Estudios de Género, viene desarrollando a partir del año 1995. Agradecemos a CONICYT su aporte y la paciencia que ha tenido con nosotros.

PRIMERA PARTE: SER HOMBRE

Esta primera parte presenta la investigación, la sitúa en el contexto conceptual en que ha sido formulada y realizada. Analiza, a través del relato de los jóvenes entrevistados, la identidad genérica de los varones de sectores populares y su subjetividad. Profundiza sobre cómo sexualidad y trabajo se asocian con las identidades masculinas de los hombres.

I INTRODUCCIÓN

En los últimos años se ha observado un conjunto de situaciones que indican transformaciones de prácticas y vivencias de la masculinidad y sexualidad de los jóvenes varones de sectores populares en Santiago. Este proceso se ha dado dentro de un sistema patriarcal como el chileno, donde las diferencias entre hombres mujeres se transformaron en desigualdades, que han afectado y afectan profundamente a las mujeres y, paradójicamente, también a los propios hombres. Estas transformaciones se inscriben en un contexto mayor de cambios sociales y culturales que han operado en esta materia. Para una mejor comprensión de los cambios acontecidos hay que referirse necesariamente a la manera en que los procesos de modernización, siempre complejos, y a veces contradictorios, han afectado la vida íntima de las personas.

Brevemente, se puede afirmar que la crisis económica, que se inicia a mediados de la década de los 70 y se extiende hasta los 80 -con la implementación del modelo económico neoliberal por el gobierno militar y la aplicación de programas de ajuste estructural- se caracterizó por la reducción del gasto público social y la reducción del empleo estatal; la apertura al comercio internacional y la readecuación de los sistemas productivos; un severo control de la inflación, reducción de los salarios reales y aumento de la cesantía. Todo ello exacerbó las diferencias sociales, económicas y culturales, y se tradujo en la exclusión de sectores sociales -en particular de los/as jóvenes en situación de pobreza y extrema pobreza- de un conjunto de recursos como la seguridad social, educación, salud, vivienda, entre otros. (Olavarría, Benavente y Mellado, 1998)

Paralelo a ello, la crisis de los 70' y 80' tuvo un fuerte impacto en las mujeres en general. Numerosos estudios dan cuenta del rol que ha tocado a las mujeres tanto frente a la crisis de los 80, como a las consecuencias de los programas de ajuste estructural. Los costos de este proceso han sido asumidos por las mujeres en una medida muy significativa, a partir de la división sexual del trabajo que las sitúa a cargo de las tareas reproductivas, y en virtud de las construcciones sociales de una identidad femenina centrada en la maternidad. (UNICEF, 1987; Arriagada, 1997; CEPAL, 1991, 1997). En el marco de la crisis económica, los bajos ingresos y la cesantía del marido o pareja impulsaron a importantes sectores de mujeres a incorporarse progresivamente al mercado de trabajo e intentar generar ingresos. En los sectores populares las mujeres desarrollaron estrategias de sobrevivencia y crearon innumerables organizaciones destinadas a satisfacer necesidades no cubiertas por el Estado. (Valdés y Weistein, 1993; Frohmann y Valdés, 1994; Hardy, 1986; Blondet, 1991).

Como resultado de este proceso las mujeres se han fortalecido a nivel individual y como actor social colectivo han ganado presencia dando origen a novedosas identidades femeninas. En este sentido, las mujeres han incursionado en espacios y roles que eran propios de los hombres, han enriquecido el abanico de identidades posibles (Valdés, 1995), demandan hoy día cuotas adicionales de poder y la formulación de políticas

públicas destinadas a mejorar su condición social. (*Soy mujer... Tengo derechos, Demandas de las mujeres a la democracia, Tramas para un nuevo destino, Documento de las mujeres para la Conferencia Regional del Mar del Plata*, 1994) De este modo han puesto en jaque las orientaciones principales que permitían la construcción de lo masculino en nuestra sociedad.

Es así como se unieron y reforzaron dos grandes procesos: la exclusión y empobrecimiento relativos, con relación al conjunto de la población, que impone el modelo económico-social vigente a los sectores más pobres, y la autonomía creciente de las mujeres a partir de una lucha que lleva años.

En los años 90' estos procesos se han profundizado. Pese a que los niveles de pobreza e indigencia han disminuido en el conjunto de la población, aún persisten estas condiciones en los jóvenes de sectores populares; la redistribución regresiva del ingreso se ha transformado en una constante, afectando a los mismos sectores e incrementando las desigualdades. Los resultados de la Encuesta CASEN 96 (MIDEPLAN, 1998) confirman la tendencia de los últimos años, al igual que el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD 1998. Asimismo, el movimiento de mujeres y la participación de éstas en distintos ámbitos de la vida nacional, tanto económicos como políticos, se ha ido incrementando paulatinamente y ha logrado posiciones que les permiten ser reconocidas como interlocutoras válidas en diversas esferas. Esto quedó de manifiesto con el acuerdo firmado en el Foro Nacional para el Seguimiento de los Acuerdos de Beijing por el Gobierno, el año 1997.

a) Las preguntas de la investigación

El problema que se estudió fue cómo construyen su identidad masculina los adultos jóvenes de sectores populares de Santiago y en qué medida repercuten en su masculinidad su situación de exclusión y empobrecimiento, además de la autonomía creciente de las mujeres en la misma condición. La investigación se centró en hombres heterosexuales, en situación de pobreza e indigencia, con experiencia de vida en pareja y paternidad.

Las preguntas que se pretendió responder con esta investigación fueron:

- ¿Qué significa "ser hombre" hoy en Chile para varones que viven en situación de pobreza e indigencia?

A través de esta pregunta se trató de identificar, describir y analizar la construcción de la masculinidad que realizan hoy día hombres jóvenes en situación de pobreza e indigencia en la Región Metropolitana. Interesó reconstruir el sentido y los mandatos culturales que estructuran los comportamientos y actitudes del "ser hombre".

Como indicador de sector socio-económico se eligió las condiciones de vida. Operacionalmente, se utilizó los criterios de la Encuesta CASEN para definir la línea de indigencia y pobreza (la línea de indigencia corresponde al costo de la canasta alimenticia mensual y la línea de pobreza a dos canastas mensuales por hogar), la zona de residencia (poblaciones caracterizadas como pobres) y la familia de origen (que viviese también en condiciones de indigencia o pobreza). Los varones seleccionados estaban dentro de ese sector.

- ¿Cómo son las relaciones de poder hombre/mujer en la vida cotidiana, desde la perspectiva de estos varones, en su vida sexual y reproductiva?

Con esta pregunta se buscó conocer en qué consiste la relación de poder y subordinación entre los géneros, a partir de las vivencias y prácticas observadas desde su infancia y de los mandatos sociales que están presentes en la identidad de los varones de sectores populares.

Interesó determinar los espacios de imposición/negociación, las estrategias de imposición o búsqueda de acuerdo, los ámbitos de autodeterminación/dependencia, la apropiación de los recursos materiales y servicios, los recursos disponibles.

El propósito general de esta investigación, por tanto, fue producir conocimientos sobre la identidad masculina y la masculinidad en hombres jóvenes en situación de pobreza e indigencia, sobre las relaciones de género en la vida cotidiana y las relaciones de poder en la sexualidad y la reproducción, miradas desde los hombres.

Por tratarse de un estudio exploratorio en un tema sobre el cual, al menos en nuestro país, recién se comienza a realizar investigación sistemática, más que con hipótesis se trabajó con orientaciones generales para acercarnos al problema.

Nuestras orientaciones hipotéticas fueron las siguientes:

- Existen algunos rasgos de masculinidad que son reconocidos por todos los hombres de sectores populares urbanos de Santiago.
- Las imágenes de lo masculino y los mandatos que conllevan están en contradicción con los requerimientos de la vida cotidiana de los hombres jóvenes de sectores populares.
- La relación de dominación/subordinación entre los géneros están presentes e incorporadas a su masculinidad por los hombres de este sector social.

b) Características de los jóvenes entrevistados

El estudio se orientó a jóvenes de sectores populares, adultos jóvenes, entre 20 y 29 años, heterosexuales, con experiencia de vida en pareja e hijo/a/s. De acuerdo a los criterios establecidos para la selección de los casos, se entrevistó entre los meses de marzo y noviembre de 1997 a 22 jóvenes. De éstos, 21 tenían hijos vivos y uno perdió a dos hijos antes de nacer. Todos ellos tenían pareja o habían estado emparejados a lo menos hasta un año antes de la entrevista.¹

1 Ver anexo 2.

II CONSIDERACIONES CONCEPTUALES

1. Una Perspectiva de género

El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales y de la cultura. No importa qué fenómeno humano se estudie, se podrá entender, en algunas de sus características y dinámicas, desde la perspectiva de la diferencia sexual y las construcciones culturales y sociales a las que da pie (Ortner y Whitehead, 1996; Lamas, 1996; Caplan, 1991; De Lauretis, 1987; Kristeva, 1976; Mitchell, 1982; Saal, 1983; Lamas y Saal, 1991; Irigaray, 1987; Scott, 1992). Desde la perspectiva de género se efectuó la investigación.

Estas construcciones culturales y sociales conforman lo que se ha denominado el sistema de sexo/género, o sea aquel conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómo/fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas; son las tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas (Rubin, 1996; De Barbieri, 1992). Al mismo tiempo, dicho sistema define los atributos, formas de relación, especialización, normatividad, valores, jerarquías, privilegios, sanciones y espacios en que organiza a los individuos según su asignación de género (Lagarde, 1994).

En América Latina existe un sistema de sexo/género caracterizado por la subordinación de la mujer al varón (de Barbieri, 1992; Stern, 1995; Lamas, 1995; Fuller, 1997), posibilitado por diversos mecanismos. Este sistema se estructura como una organización genérica particular, con carácter hegemónico: el patriarcado, entendido como un orden de poder, un modo de dominación cuyo paradigma es el varón y está basado en la supremacía de lo masculino sobre las mujeres y de lo femenino, que es inferiorizado. Se trata de una organización definida a priori por una relación de dominación-subordinación entre los géneros, que implica la existencia de diferentes oportunidades para varones y mujeres al momento de elegir una conducta determinada y en la vivencia de las relaciones, que se definen en gran parte por el uso de poderes.

En este sistema, que cuenta con un extenso desarrollo histórico (Godoy, Hutchison, Roseblatt y Zárate, 1995; Lavrín, 1991; Valdés, X. 1995; Stern, 1995), las relaciones entre hombres y mujeres son construidas como desiguales; el poder social está distribuido diferencialmente entre ambos y segmentado según diversos ámbitos (público/masculino y privado/femenino). Asimismo, provee roles diferenciados para hombres y mujeres y valoraciones jerarquizadas de los mismos y ha asignado, a la vez, configuraciones de sentido para la construcción de identidades genéricas.

2. Identidad e identidades de género

Resulta entonces pertinente investigar la construcción de las identidades masculinas a partir de la estructura patriarcal, entendida como una forma de organización social y de ejercicio del poder basado en la dominación masculina (Bourdieu, 1984; Godelier, 1986), donde las mujeres existen como sujetos de algunos derechos y en la que tienen algunos espacios de autonomía, pero también de indefensión (De Barbieri, 1992). Para investigar dicha estructura, es necesario comprender el proceso mediante el cual se aprende e interioriza lo que es ser varón, su lugar social, las representaciones, los valores,

comportamientos, actitudes y estereotipos asociados a lo masculino, es decir, los aspectos que definen la identidad masculina en nuestra sociedad.

La identidad es el sistema unitario de representaciones de sí, elaboradas a lo largo de la vida de las personas, a través de las cuales se reconocen a sí mismas y son reconocidas por los demás como individuos particulares y miembros de categorías sociales distintivas. Es el principio que se refiere al conjunto de características que distinguen la subjetividad del sujeto en relación con el ser y la existencia (Lagarde, 1992).

Una de las dimensiones clasificatorias principales de la identidad es el género. Muy temprano en el desarrollo de la identidad personal los sujetos se piensan en tanto mujeres u hombres. En este sentido la identidad de género es la elaboración simbólica que cada cultura construye a partir de la categorización de las personas en diferentes sexos. Dicha codificación implica que nuestro conocimiento sobre el sexo no corresponde exclusivamente a las características anatómicas. Sino que más bien, el género es el saber que asigna significados a las diferencias corporales (Fuller, 1993).

La identidad de género remite al ser hombre y ser mujer y se encuentra en la base del sistema de sexo/género, construyéndose por referencia al otro (ser mujer es no ser hombre). Este sistema asigna identidades y define la relación entre los géneros, pero a su vez cada sujeto asume los elementos de la identidad asignada y le va añadiendo elementos optados, de modo que la identidad del sujeto se construye a partir de la experiencia vivida, su identidad está siempre en interacción con el mundo, situada en los espacios definidos por la cultura.

La identidad se desenvuelve en una dinámica entre las prescripciones sociales, en lo relativo a los comportamientos de género, y las elaboraciones subjetivas singulares. Se constituye mediante representaciones psíquicas inconscientes femeninas/masculinas que envuelven a la persona en una identidad (Dio Bleichmar, 1991). Se trata de un proceso de cualificación de lo que el yo "es", un "sentimiento de ser" según significaciones masculinas/femeninas.

Junto con la identidad de género es necesario distinguir la identidad u orientación sexual, que se refiere a la preferencia del sexo que debe poseer el/la compañero/a sexual. A las identidades de género se les asigna un conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados para las personas que poseen un sexo determinado, se prescribe lo que es propio para el hombre y la mujer como 'naturales' de sus respectivos géneros (Dio Bleichmar, 1991). A su vez la identidad sexual relativa a la preferencia del objeto sexual, que se sella especialmente a partir de la pubertad, se refiere a la orientación o preferencia del sexo que debe poseer el/la compañero/a sexual, dando pie a diversas orientaciones como heterosexual, bisexual, homosexual.

Pero los estudios sobre construcción social de la masculinidad recién comienzan en nuestro país y, en general, en la región (Viveros, 1997). Sin embargo, han tenido un desarrollo importante en los países anglosajones desde los años 70' con distintas orientaciones teóricas, metodológicas y prácticas (Kimmel, 1987, 1992; Clatterbaugh 1990; Kimmel y Messner, 1995; Berger, Wallis y Watson, 1995; Seidler, 1994, Connell, 1997).

Es necesario considerar que, así como no existe un solo patrón de femineidad, tampoco hay un único modelo de masculinidad (Fuller, 1996). La masculinidad no es una esencia contenida en un cuerpo de hombre que permanece inmutable y se manifiesta siempre del mismo modo (Parker, 1991; Kogan, 1993; Laqueur, 1994; Lamas, 1995; Kimmel y Messner, 1995; Butler, 1996; Lancaster, 1997; Yalom, 1997; Connell, 1997). Los atributos que caracterizan la masculinidad son construidos socialmente y varían, entre otros aspectos, según la etapa del ciclo de vida, el nivel socioeconómico, etnia y el ámbito cultural en el que el sujeto ha sido socializado. En las distintas etapas de la vida

del varón, la masculinidad adquiere diversos significados para él. La sexualidad, el trabajo y la pareja cambian de valoración para los varones de acuerdo, por ejemplo, a la etapa del ciclo de vida; adolescencia, juventud, adultez o vejez.

3. Socialización e identificación diferencial del género

Así como la subjetividad se constituye en el marco de la experiencia única de cada individuo, sus materiales provienen de los contextos culturales y sociales en que se desenvuelve. Los significados se aprenden y se comparten en la vida cotidiana al interior de una cultura, ya que hemos aprendido a ver el mundo como lo ven los otros que nos rodean, y de acuerdo a estas categorías se construye la propia identidad. La identidad resulta, entonces, de un proceso de socialización donde los sujetos no nacen miembros de una sociedad sino con una predisposición hacia la sociabilidad para luego ser miembros. El punto de partida de este proceso lo constituye la internalización, a través de la aprehensión e interpretación de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que se vuelven subjetivamente significativos (Berger y Luckman, 1968).

Toda sociedad está constituida por tramas de significación que los seres humanos han construido a lo largo de su historia y que conforman universos simbólicos colectivos, conjuntos de valores, códigos y patrones de comportamiento que son compartidos por todos los individuos. A partir de estos universos, se configuran los distintos significados individuales y se concretiza la acción social, dentro de un marco establecido de alternativas. Este marco amplio es lo que comúnmente denominamos cultura. Geertz plantea que la cultura consiste en estructuras de significación, socialmente establecidas, en virtud de las cuales la gente actúa, cuyos códigos son compartidos en mayor o menor medida por todos sus miembros. Cada individuo está adscrito a una herencia cultural que le proporciona las configuraciones más amplias, coordinadas generales desde las cuales va a comprender la realidad, como también, los anillos particulares de su propio rol y status en la estructura social (Geertz, 1992).

La identidad de género se adquiere en este proceso de socialización, "la distinción sexo/género sugiere que existen características, necesidades y posibilidades dentro del potencial humano que están consciente e inconscientemente suprimidas, reprimidas y canalizadas en el proceso de producir hombres y mujeres" (Kaufman, 1995:125-131). Asimismo, dicho proceso es paulatino y transcurre ligado con el ciclo vital de los individuos "el aprendizaje del género es muy temprano, lo vemos ya en la primera infancia. Los y las infantes van adquiriendo los estereotipos sociales genéricos conforme van construyendo su noción de mundo y de sí mismos". Involucra, además, a la totalidad del medio social en que se encuentran insertos, "el infante aprende el género a través de imágenes primero, viendo, por ejemplo, las relaciones de sus padres y entre sus hermanos al interior del hogar, pero también percibiendo imágenes de las relaciones humanas entre otras personas, inclusive de los padres con las niñeras y empleadas domésticas o entre personajes de la televisión" (Raguz, 1995:28).

En este marco, las representaciones relativas a la masculinidad y a las relaciones de género son parte de un universo simbólico y subjetivo complejo que comprende tanto sentimientos, pensamientos y sentidos sobre lo vivido, como fantasías y deseos (un imaginario). Estas representaciones orientan las prácticas y le dan sentido a las mismas.

Sin embargo, las prácticas no son un mero reflejo de las representaciones, son el resultado de la interacción de los sujetos en el mundo. Esto hace pertinente situarse en el ámbito de la vida cotidiana para estudiar la construcción de la identidad masculina. Dicho ámbito es el espacio microsocioal por excelencia, el dominio de las relaciones

interpersonales cara a cara; es el ámbito de lo obvio, lo común, lo que se da por sentado; es el escenario donde se produce y reproduce diariamente el orden social. Schutz define la vida cotidiana como "el ámbito de la realidad en el cual el hombre participa continuamente, en formas que son al mismo tiempo inevitables y pautadas. El mundo de la vida cotidiana es la región de la realidad en que el hombre puede intervenir y que puede modificar mientras opera en ella mediante un organismo animado. Al mismo tiempo, las objetividades y sucesos que se encuentran ya en ese ámbito limitan su libertad de acción" (Schutz y Luckman, 1973: 25-26). La vida cotidiana no tiene un carácter autónomo; en este ámbito se produce y reproduce el orden social en el marco de un conjunto de estructuras sociales que condicionan las posibilidades de producción y reproducción.

4. Masculinidades y masculinidad hegemónica

Como hemos visto, la subjetividad del individuo insume los materiales que provienen de la sociedad y de la cultura que nutre la socialización. Existe una dinámica entre lo que se recibe y lo que cada sujeto construye, entre lo general y lo singular, de manera que al asignársele a un infante un género determinado, se lo integra a un universo simbólico; en el caso de los hombres, a la masculinidad. En dicho universo se engarza su subjetividad, de manera que no queda entregada a su arbitrio ni al azar, sino que se constituye a partir de aquél. La socialización y la adquisición de una identidad genérica conforman una subjetividad masculina que da sentido a los sentimientos, actitudes, valores, expectativas y formas de relación con los demás y que corresponde a su identidad de varón.

Así el ideal de la masculinidad, del universo simbólico al cual se integra el niño, es "un ideal impuesto por la cultura, con el que los hombres deben conformarse, tanto si congenian psicológicamente con él como si no" (Gilmore, 1994:223). Es una condición ideal a la que los hombres tratan de llegar y por la cual luchan durante toda su vida; en tal sentido, es una condición difícil de alcanzar, pues requiere de pruebas específicas, histórica y socialmente construidas.

Este universo simbólico constituye lo que Connell denomina masculinidad hegemónica, definida como la forma reconocida de un grupo de reclamar para sí la autoridad social y de procurar y mantener una posición de liderazgo en la vida social (Connell, 1995).

Una determinada forma de masculinidad puede, en un determinado momento cultural e histórico, constituir la forma aceptada y en uso de ser hombre, definida como tal por un grupo que reclama para sí la autoridad social, a través de la cual proclama y procura mantener una posición de liderazgo en la vida social y establece una correspondencia entre ese ideal cultural y un poder institucional. En este sentido esta masculinidad es hegemónica (Connell, 1995).

De este modo, una forma de masculinidad puede ser exaltada en vez de otra y cierta hegemonía tenderá a establecerse sólo cuando exista alguna correspondencia entre determinado ideal cultural y un poder institucional, sea colectivo o individual, que lo impulse.

Una masculinidad hegemónica se puede definir como la configuración de prácticas generizadas que encarnan las alternativas vigentes que validan y legitiman los mandatos sociales del patriarcado (Connell, 1995). Éstas aseguran y son factores que permiten las posiciones dominantes de hombres y la subordinación de mujeres, a lo que cabría agregar la subordinación de otros hombres que están fuera de las estrategias hegemónicas.

Una característica crucial de esta masculinidad hegemónica es la heterosexualidad; un hombre que cumpla con los mandatos hegemónicos debe ser heterosexual. En ese sentido la masculinidad hegemónica está íntimamente ligada a la sexualidad. (Brandes, 1981; Herek, 1987; Ramírez, 1993; Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Kaufman, 1995; Butler, 1995; Ehrenreich, 1995; Rubin, 1996; Kimmel, 1997; Connell, 1997; Fuller, 1997; Lancaster, 1997).² Y uno de los rasgos más evidentes de la masculinidad en nuestra época es que se la considera consustancial con la heterosexualidad como un hecho natural.

La definición de género implica directamente a la sexualidad: quién hace qué y con quién (Badinter, 1993). Dada su importancia y centralidad, la heterosexualidad determinará ciertos rasgos de la subjetividad masculina. A estos se asociarán el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse, usando la fuerza si es necesario. La heterosexualidad implica, asimismo, que los hombres prefieren a las mujeres como parejas sexuales.

Otro elemento central, en esta forma de masculinidad hegemónica, es el poder. Kaufman plantea que "la equiparación de la masculinidad con el poder es un concepto que ha evolucionado a través de los siglos, y ha conformado y justificado a su vez la dominación de los hombres sobre las mujeres y su mayor valoración sobre éstas. (...) Los hombres como individuos interiorizan estas concepciones en el proceso de desarrollo de sus personalidades ya que, nacidos en este contexto, aprendemos a experimentar nuestro poder como la capacidad de ejercer el control (...); el poder colectivo de los hombres no sólo radica en instituciones y estructuras abstractas sino también en formas de interiorizar, individualizar, encarnar y reproducir estas instituciones, estructuras y conceptualizaciones del poder masculino". Agrega que "la adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino"; esto redundará en que "el poder que puede asociarse con la masculinidad dominante también puede convertirse en fuente de enorme dolor. Puesto que sus símbolos constituyen, en últimas, ilusiones infantiles de omnipotencia que son imposibles de lograr. Dejando las apariencias de lado, ningún hombre es capaz de alcanzar tales ideales y símbolos" (Kaufman, 1995: pp. 125-131).

La masculinidad hegemónica asociada a la sexualidad-heterosexualidad- y al control del poder por los hombres lleva según Kimmel a una masculinidad que renuncia a lo femenino; valida la homosocialidad, "estamos bajo el cuidado y persistente escrutinio de otros hombres (...) Se demuestra hombría para la aprobación de los otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño". De allí que toda manifestación que pueda ser interpretada como femenina en un hombre es rechazada y temida, y éste trata de asegurarse que nadie lo pueda confundir con un homosexual; este miedo a la homosexualidad lo lleva a la homofobia. El miedo a ser confundido como un homosexual presiona al varón a ejecutar todo tipo de conductas y actitudes exageradamente masculinas para que nadie se forme una idea equivocada y a rebajar a las mujeres descalificándolas. Las mujeres y los gay se convierten en el otro contra los cuales los

2 La discusión en torno a la heterosexualidad, como requisito de la masculinidad, es una de las más polémicas en este campo de estudios. En ella se distingue *heterosexualidad*, como orientación sexual hacia el sexo opuesto, de *heterosexismo* como práctica socio-cultural de afirmación hegemónica de una orientación y de exclusión de otras formas de vivir la sexualidad.

hombres heterosexuales proyectan sus identidades. La homofobia sostiene, por tanto, el sexismo y el heterosexismo (Kimmel, 1997: pp. 54-59). En este sentido, los soportes determinantes en la subjetividad masculina contemporánea apuntan a una masculinidad como opuesta a la femineidad: ser hombre es no ser femenino; a la búsqueda del éxito, la sensación de logro en diferentes terrenos; al autocontrol y la racionalidad; y por último, a la disposición y exposición constante al riesgo, "el hombre es ante todo un aventurero que busca en las situaciones peligrosas la confirmación de su identidad" (Kimmel, 1997: p. 61).

5. Estereotipos sobre la masculinidad

El concepto estereotipo designa las categorías descriptivas simplificadas mediante las cuales intentamos situar a otra persona o grupos de individuos. Son las imágenes que se interponen entre la realidad y nuestras percepciones. Es la expresión funcional de la representación social. El individuo a través del estereotipo realiza discriminaciones en función de la pertenencia a una categoría (Goffman, 1986).

La palabra estereotipo proviene del griego (stereos: firme y tupos: molde, modelo) y se refiere a categorizaciones que socializan y simplifican la comprensión del mundo según determinados criterios. Ragúz señala que los estereotipos sociales categorizan a personas con base a criterios tales como: "sexo biológico, edad, raza, status socioeconómico, estado civil, ocupación, entre otros. Así se espera que un niño sea de una forma, se comporte de una forma y sea tratado de manera distinta que si es un anciano o un joven" (Raguz, 1995: p.28).

El modelo de masculinidad hegemónica ha logrado estereotipar lo que es ser hombre imponiendo sus mandatos como las formas "normales" de ser varón. En este sentido los estereotipos genéricos definen los comportamientos distintivos que deben desempeñar hombres y mujeres, a partir de formas de masculinidad hegemónica. Sintetizan fielmente los mandatos sociales que emergen del modelo dominante. Los estereotipos son expectativas de comportamiento, es decir, no sólo de conductas, sino de habilidades y capacidades, maneras de pensar y evaluar, procesos internos cognitivos y afectivos. Tradicionalmente, la masculinidad se ha asociado con el rol productivo, de proveedor económico, y el rol instrumental de mediador entre la familia y la sociedad (Raguz, 1995).

Los estereotipos entregan contenidos identitarios que permiten determinar la pertenencia a un grupo determinado; constituyen un orden simbólico que indica cuáles son las características que debe tener un hombre para ser reconocido socialmente como tal y así su masculinidad le sea refrendada; entrega un "molde firme" de cómo debe ser un hombre. Podemos entonces, visualizar el aporte que significa para el estudio de la subjetividad masculina la identificación y comprensión de los estereotipos. Estos nos permiten develar la tensión existente entre los mandatos culturales y la subjetividad de cada hombre; entre lo que cada hombre es y lo que su cultura consigna que debe ser.

Los estereotipos genéricos operan en diferentes ámbitos de la subjetividad y experiencia vital de los varones. Existen estereotipos que definen nuclearmente lo que es ser un hombre, que actúan como una consigna básica constitutiva de la subjetividad masculina. Marqués al referirse a dicha consigna plantea que "ser varón en la sociedad patriarcal, es ser importante", y agrega que "este atributo se presenta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es muy importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino" (Marqués, 1997: p.19). El autor complementa esta noción al sostener que esta consigna presenta dos dimensiones en

su funcionamiento: una identitaria y que se enuncia como "yo soy importante", y otra que declara una pertenencia al colectivo masculino y un deber ser del hombre, que se enuncia como "debo ser importante".

Los estereotipos operan, asimismo, en ámbitos específicos de la vida de los hombres y de su subjetividad, como la sexualidad, la emocionalidad, la relación con los otros. Los estereotipos se sustentan, en gran medida en las oposiciones entre razón y sentimiento, cabeza y cuerpo; animalidad y voluntad.

En la sexualidad, el estereotipo del desempeño sexual implica para los hombres ser heterosexuales, capaces de embarazar a una mujer. La penetración, la conquista y el rendimiento son claves estereotipadas de su masculinidad; así como existe la idea de una sexualidad irrefrenable, instintiva, animal y no necesariamente ligada con el afecto. Debido a esto, los hombres pueden ser infieles y violentos, y en casos extremos, como la violación sexual, ésta puede ser justificada. Estos son mandatos que, significativamente, otorgan prestigio como hombre (Yon, 1996).

Los estereotipos relacionados con la emocionalidad afirman que el hombre es racional, "fuerte", la mujer es emocional, "débil"; que aquél puede y debe enfrentarse a los peligros y las adversidades, debe proteger a los débiles (mujeres, niños, ancianos). Afirma, también, que los hombres no deben expresar sus sentimientos más hondos y sus emociones. En este contexto se enmarca la idea del hombre como un ser duro, fuerte y calculador. Shapiro lo sintetiza en la idea del soldado: "normalmente se espera que los hombres actúen como soldados, por lo que ellos mismos llegan a creer que deben actuar como tales. Ellos afrontan los hechos y se hacen cargo de las situaciones, aunque los demás, incluyéndonos las mujeres, no les exijamos que actúen de esa forma (...) Se ven obligados a ser fuertes y a afrontar las situaciones, sin importar lo que cueste. Para ser un hombre, hay que eliminar los sentimientos (...) los hombres no logran sentir sus propios sentimientos, ni su vulnerabilidad personal" (Shapiro, 1994: p.21-23).

Los estereotipos referidos a la relación con los otros sostienen que "un hombre no es pasivo, no se deja dominar". La capacidad de ejercer el mando, la autoridad y el dominio son elementos propios de una masculinización del poder en la sociedad; de modo que "la masculinidad no es sólo una identidad de género, también un símbolo de un sistema de poder" (Fuller, 1995).

6. Los límites de la masculinidad

Así como hay códigos de conducta, valores, creencias, deseos y prohibiciones que no son soslayables por los varones, existen también mecanismos de sanción (a nivel subjetivo y social) que operan como delimitadores de la subjetividad.

Paradójicamente, para la masculinidad hegemónica los hombres deben demostrar que son hombres; parte de la base de que el ser hombre es una condición precaria, que los varones deben intentar alcanzar y mantener mediante grandes esfuerzos. Esta precariedad se sostiene en la existencia de límites identitarios, que conforman un ámbito de lo correcto y permitido y otro de lo prohibido y lo incorrecto.

A nivel personal, esta precariedad y los esfuerzos que conlleva, genera una carrera por conquistar la hombría plena, en la que poco importa si el individuo/hombre congenia o no psicológicamente con los mandatos que la cultura le impone en razón de su corporalidad; de todos modos tendrá que cumplirlos con rigor y entusiasmo para no ver cuestionada su identidad genérica. Este hecho, a saber, que la hombría esté sometida a permanente evaluación, que se deba conseguir, actualizar y justificar, marca una diferencia respecto a la noción de femineidad. Gilmore observa que las mujeres que no satisfacen los a veces muy estrictos requisitos que su rol les impone, pueden ser

tachadas de inmorales o poco femeninas y sujetas a sanciones, "pero rara vez se cuestionará su derecho a una identidad sexual como se hace pública y dramáticamente con los hombres." Esto lo corrobora la falta de etiquetas lingüísticas equivalentes a "impotente", "afeminado", "emasculado" para juzgar a las mujeres, pero que usualmente desafían a los hombres con agresividad (Gilmore, 1994).

La precariedad redundante en el establecimiento de determinados modos de cumplir con los preceptos de la masculinidad, según qué aspecto de ella se enfatice. Esto configura un espectro de identidades masculinas, de modo que cada hombre adulto debe lograr acomodarse en alguna de las variedades admitidas socialmente, especialmente de las llamadas masculinidades honorables por Stern (Stern, 1995).

Fuera de los límites de este rango, como lo plantea Fuller, se halla el dominio de lo abyecto, aquello definido como lo que no se debe ser, el punto en el cual el sujeto pierde su condición de tal. Lo abyecto es lo repudiable y actúa como límite de lo masculino; el punto que lleva a quien lo pase a perder o arriesgar su condición masculina. "La feminización es la forma más evidente de lo abyecto, el límite donde el varón pierde su condición de tal. Esto ocurre debido a una excesiva prolongación del vínculo madre/hijo, cuando un varón es incapaz de imponer su autoridad sobre la esposa o la novia, cuando un rival le pone cuernos y, como último y más aberrante límite, el ocupar una posición pasiva en una relación homosexual. La homosexualidad pasiva, el ser penetrado por otro varón, constituye la última frontera de lo masculino en su aspecto natural: la virilidad. Consecuentemente, es la mayor amenaza porque esta última es el verdadero núcleo de la masculinidad. Mientras que los otros aspectos (doméstico, exterior) pueden ser cuestionados y de hecho cada varón enfatiza algunos y deja de lado otros dando lugar a múltiples versiones de las identidades masculinas, la sexualidad activa se representa como fija e inmutable. Un varón que quiebra esta barrera simplemente pone en entredicho su condición de tal" (Fuller, 1997: pp.149-150).

La pérdida de los símbolos de reconocimiento social y, particularmente, la feminización son los peligros que acechan al varón para mantener su masculinidad (Fuller, 1997; Connell, 1997; Badinter, 1993; Marqués, 1997).

7. Sexualidad, identidad personal e intimidad

La sexualidad es una dimensión central de la experiencia humana; un punto nodal de diversos fenómenos humanos. En ella se amalgaman elementos simbólicos e imaginarios, con un sustrato corporal complejo y sofisticado; se interceptan elementos psíquicos y sociales; representaciones y afectos; deseos y deberes; esperanzas y frustraciones; prohibiciones y transgresiones. A su vez, en la sexualidad se detecta una tensión irreductible entre lo biológico y lo cultural, entre un destino individual y el condicionamiento social.

Asimismo, la sexualidad es un fenómeno histórico que se configura y reconfigura en contextos sociales específicos, de modo que tiene una importancia significativa en la vida de los individuos como personas y en la sociedad, debido a una historia que ha asignado un significado central a lo sexual. Dicha historicidad implica, en nuestra época, que el tema del sexo ocupe un lugar de primera atención en el discurso contemporáneo, y a través de él se expresa la subjetividad de las personas, su sentido íntimo e identidad (Weeks, 1993).

La sexualidad es un terreno de profundas transformaciones que extiende su lógica a los distintos ámbitos de la experiencia humana. Estos cambios han sido interpretados como una transformación de la intimidad por Giddens (1992), cuyas repercusiones afectan de modo significativo las relaciones entre los géneros, la vida de pareja y de

familia, los lazos afectivos de todo tipo y la vivencia de la sexualidad. El patrón de transformación implica un paso desde una estructura jerárquica y autoritaria en las relaciones más inmediatas e importantes de los individuos a otra igualitaria y democrática, que enfatiza el compromiso, la intensidad emocional y la autonomía de los sujetos.

Giddens sostiene que en la época moderna, liderado por las mujeres, se produce un desplazamiento progresivo en el carácter de las relaciones íntimas, que se inicia con la emergencia del amor romántico y conduce al establecimiento de una relación pura, una relación de igualdad sexual y emocional que tiene connotaciones explosivas respecto de las formas preexistentes de relaciones de poder entre los diversos papeles sexuales establecidos. Asimismo, plantea que surge un tipo de sexualidad plástica, descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción -resultado de la difusión de la moderna contracepción y de las nuevas tecnologías reproductivas- que puede quedar moldeada como un rasgo de la personalidad y unida intrínsecamente con la identidad. Al mismo tiempo, libera la sexualidad de la hegemonía fálica y del desmedido predominio de la experiencia sexual masculina.

Con la emergencia del amor romántico confluyen también otros fenómenos como la impugnación de la división sexual del trabajo; la extensión de las relaciones sexuales pre-matrimoniales; la independencia de los jóvenes adultos antes del matrimonio; el divorcio como curso posible a los conflictos de pareja y la intimidad de los miembros de la familia (Edgar y Glezer, 1994).

De este modo, en el mapa relacional de la intimidad, la sexualidad se presenta como una dimensión a explorar, es algo que se tiene o cultiva, no ya una condición natural que el individuo acepta como un asunto preestablecido; las funciones sexuales son un rasgo maleable de la identidad personal, un punto de primera conexión entre el cuerpo, la auto-identidad y las normas sociales (Giddens, 1994).

En este proceso las orientaciones de cambios posibles, que toman las relaciones humanas a nivel íntimo, presentan contradicciones, no es un proceso homogéneo ni único. Coexisten estilos de relacionamiento diversos, algunos de carácter marcadamente patriarcales, con otros más igualitarios. Los cambios sucederán con mayor intensidad ahí donde los influjos culturales de la modernidad calen más hondo: en los sectores sociales ligados a la globalización, a la universalización de ciertos valores, a la convivencia con distintas visiones de mundo y estilos de vida. Otros sectores, en cambio, se opondrán a estos cambios, ya sea por una posición moral-religiosa que reafirma la tradición o por un acceso diferenciado a los procesos de la modernidad, sea por su realidad socio-económica y/o disponibilidad de recursos culturales (Gysling y Benavente, 1996).

En las sociedades latinoamericanas, los sectores medios urbanos serían los más permeados por el orden modernizante. Si bien los sectores medios se caracterizan por su heterogeneidad, algunos adhieren más estrictamente al modelo de relaciones sexuales, de pareja, y de familia inaugurados por la modernidad. La propuesta de este sector moderno de los grupos medios, relativo a las relaciones de pareja, se sintetiza en lo que se ha denominado "matrimonio igualitario", basado en tres principios estructurantes: la psicologización, que apunta a un movimiento de individualización, interiorización y privatización de los sujetos; la igualdad, que se refiere básicamente a una oposición a los ordenamientos jerárquicos; y el cambio, que apela a un movimiento constante de autoperfeccionamiento (Salem, 1989).

La construcción de las identidades de los jóvenes adultos de sectores populares de Santiago está observada y analizada desde los conceptos señalados; desde su identidad de género, los procesos subjetivos, mandatos sociales, vivencias de sus masculinidades y de sus relaciones de pareja.

III SER HOMBRE JOVEN POPULAR

Este capítulo analiza las características del proceso de constitución de la identidad genérica masculina en adultos jóvenes heterosexuales de sectores populares. Cómo se construye y adquiere socialmente, a lo largo de la vida, la identidad de los varones.

La primera cuestión que se analizó fue la identificación que hacen de sí mismos los hombres, en cuanto a su identidad de género, "ser varones".

A partir de la reconstrucción biográfica que hacen los jóvenes adultos entrevistados, de sus propias vidas, su identidad como varones ha estado siempre incorporada. Desde que tienen conciencia ellos mismos se han visto como hombres. Nunca pusieron en duda que fueran hombres; inicialmente como niños, luego como adolescentes. Para ninguno de ellos ésta fue una cuestión incierta o dudosa, que les causara problemas en algún momento de sus vidas. Bastaba tener pene:

"Tiene que tener los genitales propios del hombre" (Yayo, 26 años).

"Ah!, tiene pene huevón, nada más... si me dices así, define un hombre con una palabra, varón, nada más, tiene pene" (Maly, 28 años).

Les tocó ser hombres, fue algo de la naturaleza, venía de adentro:

"Ser hombre viene de adentro, no porque andas en pelota o andas con falda o blue jeans te vas a cambiar" (Keko, 25 años).

"¿Ser hombre? (silencio) Nunca me he puesto a pensar qué significa ser hombre, o sea ser... ¿Qué significa ser hombre?, no, me tocó ser hombre, no más" (Coto, 28 años).

"Para mí ser hombre significa que uno nació como hombre y tiene que morir como hombre. Es la cuestión de la naturaleza. Bueno, para mí es eso, porque si uno nació cuando niño hombre, puede ser hombre para toda la vida" (Lucio, 29 años).

Para alguno esta identidad masculina es una gracia divina. No cualquiera nace hombre, hay que agradecerse al Dios:

"Hombre, o sea, eso es lo que me dio la naturaleza o la gracia divina de ser hombre, y soy hombre y asumo mi virilidad en mi calidad de hombre" (Polo, 21 años).

"Haber sido hombre para mí significa algo grande, que me dio el Señor. Le doy gracias al Señor que me haya hecho hombre" (Héctor, 29 años).

1. El proceso de hacerse varón adulto heterosexual

Pero esta conciencia de ser hombres desde siempre, no implica sentir que toda su vida han sido hombres plenos, con el conjunto de atributos que se supone tienen los varones. Atributos que han estado presentes en la socialización de su infancia y de los cuales no necesariamente tienen conciencia. Añoraban, desde niños, llegar a ser "grandes", varones adultos. Es así que, cuando los jóvenes adultos entrevistados hablan del proceso de hacerse hombres, se están refiriendo a la transformación que lleva al niño a adquirir una identidad masculina adulta; indican que existe un proceso en que deben superarse "pruebas" para alcanzar ciertos logros. Pero también están señalando cómo

mismo como del mundo. Ello conduce a la madurez psicológica para hacer frente a las exigencias de la vida como varón adulto.

"Cuando alcanza una madurez y sabe lo que es la responsabilidad, porque antes de ser hombre hay que ser persona, igual para una mujer" (Willy, 21 años).

"Depende de la situación que viva, de cómo viva, depende del trato, o sea, todo depende del status de vida. Si están todos, los dos padres juntos o no están los dos padres juntos; porque ahí, cuando no están los dos padres, un niño madura primero que otros niños, que tienen sus padres al lado" (Lino, 29 años).

"Cuando ya madura. Cuando ya tiene una mujer, porque cuando uno es joven y está soltero no piensa en nada, mientras que cuando te casas adquieres otros pensamientos" (Chucho, 29 años).

El varón debe ser aceptado por otros varones adultos, para considerar que ha llegado a la edad adulta. Los otros hombres adultos, le hablan como tal, le reconocen y se juntan con él. Su incorporación a la adultez está supeditada a los otros hombres adultos.

"Bueno, en mi caso fue tener mis amigos, juntarme con hombres y estar conversando como hombre. Bueno, me sentía un poco más hombre para mis cosas, porque yo ya tenía el pensamiento de armar mi familia" (Lucio, 29 años).

El confrontar su orientación sexual con una mujer le permite salir de toda duda acerca de su identidad sexual, como varón heterosexual. Ello le permite confirmar el "camino que tiene el hombre", en el cual lo crucial es patentizar una orientación sexual clara. Está a salvo de desviarse de su ruta; el desvío puede conducir a la homosexualidad. De este modo, las mujeres se constituyen en una puerta de entrada a la identidad genérica y sexual.

"Hombre, cómo me hice hombre... bueno, porque fue una opción mía, porque en el momento de la pubertad pensé 'puta me gusta de repente un compañero' y eso es normal que te guste un compañero hombre, es que estás en un período de transición que no sabes; hasta que conocí a una compañera, me gusto la compañera y me quedé con la compañera. No socio, me gustan las mujeres, no tiro para el otro lado, buena onda, así fue. Entonces yo dije 'sí, me gustan las mujeres; qué rico; soy un hombre, me gustan las mujeres'" (Polo, 21 años).

"Yo pienso que cuando le empiezan a gustar las mujeres. Siente un rechazo de estar cerca de un hombre. Yo cacho que el paso que lo marca es tener una relación con una mujer. En mi caso, cuando tuve mi primer contacto con una mujer y me di cuenta de que las mujeres están hechas para el hombre" (Yayo, 26 años).

"En el Motel, cuando me tomé el cortito y me comí el maní (risa). Cuando me tomé el corto y un maní que estaba en el velador del hotel, ahí ya dije, ya soy hombre" (Maly, 27 años).

Este proceso reflexivo del varón es un diálogo interior que le lleva a un darse cuenta de la identidad genérica propia y del proceso de transformación en varón adulto. El varón así hace suyos los mandatos sociales que ha internalizado desde niño a través sus vivencias, les da sentido; subjetivamente siente que ha cumplido el paso para llegar a ser hombre: "soy un hombre adulto porque he experimentado el dolor; siento, pienso y converso como hombre, soy aceptado por otros varones adultos y formo parte de sus

grupos; soy responsable, he madurado; me gustan las mujeres, he hecho el amor con ellas, y lo he comprobado".

2. Ser varón adulto

Llegar a ser varón adulto, ha sido para los jóvenes la consumación de un proceso subjetivo intenso y múltiple que se manifiesta en un sentir expresado en primera persona: "soy hombre", "me siento hombre", "me reconocen como hombre"; se ha constituido una subjetividad masculina cabal. El sentir subjetivo y los mandatos sociales se han fundido, en mayor o menor grado; la identidad genérica se consolidó. Incluso es posible, para los varones, señalar el momento en que dicen haberse sentido hombres adultos definitivamente. Es un episodio en la biografía que inaugura su etapa de adultos.

Un individuo no sólo sabe que es un hombre, lo experimenta afectivamente, se percibe hombre porque su entorno social también le "refleja" una imagen de tal.

De las vivencias posibles, que quedan grabadas en la subjetividad de los entrevistados en su proceso de hacerse hombres adultos, sólo algunas adquieren este papel inaugural, significativo y definitorio; son sentidas como iniciales en el logro de la identidad masculina adulta. Este ha sido un proceso doloroso, de allí que les afecte profundamente que se les cuestione su masculinidad.

Dos aspectos son los que indican a los jóvenes que ya son adultos: uno, el sentirse responsables y el otro, la conquista de una mayor autonomía personal, suficiente para ser relativamente independientes de terceros.

En el ámbito de la responsabilidad, las vivencias experimentadas lo han llevado a sentirse responsable, a asumir ciertas obligaciones, como por ejemplo, tener que trabajar para responder a requerimientos de su núcleo familiar que surgen de convivir con una pareja, o las que demanda la paternidad.

En el campo de la autonomía, el varón siente que él puede decidir acerca de su vida y que ha logrado los medios para lograrlo. Estima que se manda solo, como no lo hizo antes. Él decide si se empareja o no, si se casa o se mantiene como conviviente; si se va de un trabajo; si acepta otro. Esta capacidad de autonomía la tiene porque posee ciertos recursos que le permiten decidir al respecto. Implica el despliegue de ciertas potencialidades: trabajar, ganar dinero, ser padre, establecer una vida sexual.

"Un adolescente se transforma en hombre cuando realmente le toma sentido a la vida, cuando ya le toma sentido a la responsabilidad; se compromete un poco más con la vida. Comprometerse con la familia, comprometerse consigo mismo. Si estamos hablando de una persona normal, comprometerse con su pareja. Cuando empecé a tomar conciencia de las cosas que hacía mal, cuando empecé a hacerme más responsable de mis cosas" (Alex, 24 años).

"Cuando asumes responsabilidades, respondes en la casa, tienes que comprarte tu ropa para vestirte. Siendo padre, como me pasó a mí, porque uno empieza a madurar, a ver las cosas de otra forma. Porque un lolo de hoy en día ya se siente hombre y sigue su camino y yo ya lo he hecho. Pienso que es cuando asumes responsabilidades" (Guido, 26 años).

La responsabilidad y autonomía se ponen a prueba en el trabajo, la sexualidad, la convivencia con su pareja, la paternidad y la política.

Para ser autónomo hay que tener ingresos y la forma de tenerlos es fundamentalmente, trabajando. Al vivir con su pareja e hijo/s/as se siente responsable, y así se lo demandan, de ser el proveedor de la familia y obtener los ingresos requeridos.

"Un niño se transforma en hombre cuando sale a ganarse sus pesos" (Roni, 21 años).

"Yo creo que ese cambio lo tuve cuando entré a trabajar, se te acabó la infancia. Tienes responsabilidades, tienes que responder en la casa, comprarte tu ropa para vestirte" (Claudio, 26 años).

"Trabajando uno se hace hombre, trabajando, porque ahí ve la realidad de la vida. En mi caso cuando, tuve trabajo, cuando le das cosas a tu familia, le compras cositas a tu vieja" (Fabio, 25 años).

"Yo pienso que me hice hombre cuando empecé a trabajar, cuando empecé a tener una responsabilidad. Cuando yo empecé a trabajar tenía que ir a tal hora a trabajar, después volver a la casa a tal hora. Me empecé a dar cuenta de que yo me estaba haciendo un hombre" (Héctor, 29 años).

El joven comprueba su heterosexualidad, inicia su sexualidad activa, establece relaciones, las busca. Puede ser responsable en las consecuencias de su sexualidad, como veremos más adelante, o puede no serlo.

"Me sentía más hombre, más líder, porque ya había tenido relaciones. Ya podía comentar con mis amigos que había tenido relaciones sexuales" (Roni, 21 años).

"Sí fue un cambio, me sentía como más hombre, más capaz de atraer a las mujeres, de gustarle, de atraerle, de hacerlas sentir bien, de sentirme bien" (Yayo, 26 años).

El varón se siente adulto cuando se hace cargo de su hogar, forma su núcleo familiar, inicia la convivencia con una mujer, decide convivir con la pareja cuando ella queda embarazada, y se hace responsable, o siente que lo hace. Asume su paternidad, los hijos/as que tiene los ha aceptado, aunque no siempre decidido, y se hace cargo de su mantención.

"Un niño, cuando sale a ganar para mantener a una familia es un hombre. Según yo, pensaba que me había hecho hombre porque había tenido relaciones con una mujer, pero después me di cuenta que no, después me di cuenta que me hice hombre cuando yo a mi señora la saqué de su casa, para vivir conmigo, entonces yo tenía que responder por ella. Yo tenía que responder, yo tenía que estar a las ocho de la mañana en el trabajo hasta las seis de la tarde, para que ella comiera, si yo no hacía eso, ella no iba a comer. Así que ahí me sentí realmente hombre" (Roni, 21 años).

"El día en que nos fuimos de la casa y tuve que cuidar a mi mamá, a mi hermana, porque yo ahí tuve que madurar rápidamente. Era el hombre de la casa y tenía que asumirlo" (Willy, 21 años).

"Cuando nació mi hija, tenía que apechugar" (Calo, 21 años).

"El hombre se define por ser papá, yo creo que hay que cumplir el ciclo. Se puede existir hombre sin el hecho de ser papá, sin el hecho de ser padre, pero ser papá es una experiencia que no se compara con nada, es decir, está cumpliendo la función básica encomendada por Dios: procrear. Se completa ahí, aquí hay un hombre íntegramente hecho, completo, con todas sus satisfacciones e inconvenientes" (Darío, 25 años).

El joven siente que es un hombre adulto cuando se siente responsable de lo que pasa en su comunidad, en el país, en su iglesia. Voluntariamente decide trabajar en este campo y asume responsabilidades. Se ha convertido en un joven adulto.

"Creo que cuando participé en la parte social de este país, cuando hice parte de la izquierda. Aprendí cosas. Por ejemplo, hasta el día el hoy, todos los días veo las noticias. Sentí que era parte de esta sociedad, no era un cabro chico. Pero aparte de acercarte a esta sociedad, tenía una responsabilidad también, el hecho de usar mis palabras y mi violencia en el momento y en el lugar preciso y no andar protegido. Yo siento que eso me hizo sentirme más hombre, no maduro, pero hombre" (Andrés, 26 años).

Estos procesos no se dan todos juntos ni con la misma dinámica. Pero forman parte de un ciclo: trabajar - ser activo sexualmente - convivir - tener hijos. La participación en organizaciones sociales, políticas y/o religiosas le permite a algunos alcanzar el sentido de responsabilidad y autonomía que los transforma en hombres adultos.

3. Ser varón adulto tiene consecuencias

Ser varón, especialmente varón adulto, tiene significados socialmente contruidos y consecuencias en los jóvenes entrevistados. Algunas les producen grandes satisfacciones y otras, en cambio, les son dolorosas. Así, los mandatos sociales que han sido internalizados y forman parte de su identidad expresan una masculinidad dominante, que no necesariamente el varón puede ejercer en todos los ámbitos de su vida, por el contrario su ejercicio dependerá de los recursos disponibles, de su sensibilidad y del contexto social en el que viva.

Ser varón da un signo de distinción. Le hace ser importante, el hombre siente que es importante. Los otros, especialmente quienes están bajo su dominio, le hacen ver que es importante y él lo percibe así. Es importante y tiene derechos, ser hombre da derechos en sus dominios, especialmente en su familia, sea de origen o en su propio núcleo familiar. El hombre, como señala uno de ellos, es la ley de la casa.

"La mujer común y corriente es la mujer de la casa, el hombre no, el hombre es el que sale a ganarse la plata para que esa mujer viva, entonces me siento importante como hombre" (Roni, 21 años).

"Ser hombre, significa y significó haber sido hijo, hermano y ahora padre, padre. Ser hombre significa un orgullo, me siento orgulloso de ser hombre" (Alex, 24 años).

"Para mí ser hombre me gusta, haber sido hombre para mí es excelente, porque el hombre es el que lleva la batuta, la mujer siempre tiene que estar a lo que el hombre le dé, tiene que aguantar" (Héctor, 29 años).

"Ser hombre significa todo, todo. El ser hombre te da derecho a tener mujeres, a compartir la vida, te da derecho a sacrificarte como hombre. Ahí viene el aspecto de que tú empiezas a valorizarte desde chico y así como va pasando el tiempo, te vas sintiendo más hombre" (Chucho, 29 años).

Ser hombre tiene deberes. El varón debe ser recto; está obligado a comportarse correctamente, ser digno, ser solidario, especialmente con su familia, amigos y los más débiles. El hombre empeña su palabra para demostrar que es de fiar. El ser hombre, en

este sentido, puede ser entendido como una virtud, un modo de ser correcto y estimable, una forma de entender sus relaciones con los otros.

"Lo que pasa es que en general está mal usado el término ser hombre, porque confunde el ser hombre con ser del sexo masculino. Hay mucha diferencia, no hablo de la sexualidad, con quién se acuesta, nada de eso, sino que el ser digno de llamarse hombre; no ser una persona traicionera, ser una persona derecha, para mí eso es hombre, una persona que mantiene su palabra, no da puñaladas por la espalda" (Willy, 21 años).

"Ser hombre es ser responsable, tener una familia, acudir cuando lo necesitan. Eso, eso para mí es un hombre" (Fabio, 25 años).

Pero es difícil ser hombre, ser hombre tiene cargas y responsabilidades que hay que asumir, es doloroso. Implica deberes y prerrogativas. La identidad se transforma en mandato que organiza la vida de los sujetos. El hombre tiene que hacerse cargo de aquellas obligaciones que están bajo su responsabilidad por el hecho de ser varón, tiene que "apechugar". Y aunque vea que no podrá hacerlo, tiene que comportarse como hombre; hacer como que nada pasa, dar la sensación de seguridad. De este modo, la identidad masculina adulta es un conjunto de representaciones y afectos, de prácticas, vivencias y sentires, a través de los cuales se expresan los mandatos sociales internalizados.

"Para mí significa tener más responsabilidades. Será por tradición o por costumbre que el hombre es el que tiene que trabajar más que la mujer y tratar de salir adelante. Uno no va a ser hombre y se va a llegar a echar tampoco, no. Un hombre tiene más responsabilidades. Ser hombre es difícil de repente. A lo mejor me encantaría, a lo mejor sería el huevón más feliz tirado en la cama, que me atendieran, que me trajeran de todo; pero no, no me veo en eso en realidad. Por mi forma de ser, no me veo" (Guido, 26 años).

"Un hombre tiene que ser seguro, tener algunos aspectos de hombre. No significa que sea peludo o que tenga pelo en pecho, me entiendes; no ese hombre; creo que le debe acompañar la voz, su actitud, el caminar; que se vea algo seguro" (Andrés, 26 años).

"No, para mí ser hombre es sinónimo de generar recursos, sinónimo de trabajar, de sacar la familia adelante cuando uno es hombre y es casado. Ser hombre es ponerse los pantalones, porque hay que apechugar. Cuando uno es hombre tiene su actividad sexual. De la actividad sexual nacen los hijos, los hijos necesitan alimentarse, necesitan estudiar, vestirse, y ahí uno se hace hombre, cuando puede apechugar en la familia" (Pancho, 27 años).

"Como hombre, uno es como un papel de un actor no más. O algo parecido, uno ya es hombre y tiene que actuar como hombre" (Coto, 28 años).

La calle es el lugar de los hombres; los hombres son de la calle así como las mujeres son de la casa. Los hombres no hacen las cosas que hacen las mujeres.

"Yo estoy contento de ser hombre. Soy medio machista, lo admito, pero estoy contento de ser hombre, porque no tengo que hacer tantas cosas que tienen que hacer las mujeres" (Roni, 21 años).

"El hombre tiene que trabajar, el hombre no puede ser un flojo. Si no, queda la escoba, la mujer empieza las peleas, la mujer empieza a salir, busca pega, encuentra otro gallo. Como que ahí empieza a quedar la escoba, se destruye el matrimonio. El hombre tiene que trabajar, el hombre no puede estar en la casa, el hombre tiene que ser igual que las hormigas, moverse

trabajar, llegar con su dinero, tenerle las cosas a su esposa, darle comodidad, darle su dinero" (Héctor, 29 años).

Los hombres y las mujeres se complementan. Cada uno tiene sus propias características y se apoyan. El hombre tiene que comprometerse afectivamente, tener algo del carácter de la mujer. El varón pueda reivindicar una "parte" femenina y asumir ciertas cualidades atribuidas a las mujeres, sin que dude de la identidad propia.

"El hombre es igual que la mujer; somos iguales, somos complementarios. Los hombres somos menos desinhibidos que las mujeres. El hombre es más soñador, por lo menos en mi caso, no sé en los demás, pero con mis amigos se nota, son más soñadores. La mujer es más concreta, digamos está más en la realidad; nosotros somos más volados. Sabes que objetivamente un hombre tiene que tener parte femenina y una mujer parte masculina. Tenemos que complementarnos, tiene que ser complementario" (Polo, 21 años).

"Uno no es hombre sin mujer. Puede ser un hombre y todo, pero si no tiene la mujer al lado que lo va a apoyar no es hombre" (Darío, 25 años).

"Los hombres necesitamos algo del carácter de la mujer como ser más suaves, más tiernos, pero la mujer necesita algo del hombre, la seguridad" (Andrés, 26 años).

4. Ser hombre hoy día no es fácil

Pero los mandatos sociales en los que han sido socializados los varones y que forman parte de su identidad se enfrentan a un contexto social que los pone en jaque. El hombre ya no es la persona irremplazable. La situación se ha invertido, ya no es la ley dentro del hogar. El destino que suponía ser hombre adulto ya no está asegurado. Ha mutado en el tiempo y no se sabe cómo será en el futuro. Hay un destino incierto. Los cambios culturales y sociales lo afectan, se tornan difusos los límites que lo conforman; algunas de sus prerrogativas son asumidas por las mujeres. Ahora la mujer tiene poder y éste se está trasladando crecientemente hacia ella. Se pierde la exclusividad.

"Creo que hoy día ha muerto un poco el ser hombre, el cual yo pensaba; la sociedad lo ha matado y yo mismo he ayudado también un poco a eso. Siempre creí que el hombre era la base de una familia, era irremplazable, primordial, si él no estaba las cosas no funcionaban. Siento que hoy día las cosas se han dado vuelta; dependemos de otros, el hombre no es solo, no vive solo; entonces para mí el ser hombre me ha significado también aprender eso; solo no soy el que construye; no soy el hombre que vi cuando chico por intermedio de mi papá, que mantiene, defiende, protege, golpea y es la ley dentro de la casa, siento que ha sido distinto, siento que hoy día no es uno, son dos o tres según los que compongan la familia. Pero en la sociedad creo que -no sé si hasta cierto punto seré muy machista-, pero creo que está muriendo también el proyecto hombre. Una cosa se hablaba, de volver a levantar a la mujer, de que la mujer tenía un puesto, pero hoy día siento también que se están yendo al chanco. Se están yendo más allá de eso, el hombre no solamente queda mal en televisión, queda en vergüenza y la mujer no solamente sobresale, ahora tiene un poder; ahora la mujer es intocable, no se le puede decir nada; yo siento que la mujer igual va para ese lado, va a llegar un momento en que ni siquiera nos vamos a poder dirigir a ella. Yo creo que se está trasladando el poder para el otro lado. No se está compartiendo" (Andrés, 26 años).

5. Nunca se termina de ser hombre

Nunca se termina el proceso de hacerse hombre a cabalidad. Una vez que se ha llegado a ser varón adulto se comprende que aún queda mucho por recorrer y aprender. El camino no tiene una parada final.

Los jóvenes al llegar a su edad adulta se dan cuenta de que nunca es suficiente la experiencia y el conocimiento adquirido para ser un hombre en plenitud, según las pautas del ideal de masculinidad internalizado, siempre falta algo o mucho que aprender y vivenciar. Sienten que se están haciendo. Aunque se consideren responsables y relativamente autónomos, aún les falta por aprender. Por momentos el intento les agota y les dan ganas de no continuar.

"No, yo creo que siempre falta algo más, siempre te falta más capacidad, más de todo, nunca vas a terminar de aprender, siempre hay cosas nuevas. Falta la seguridad en uno mismo, en poder responder. Como te digo, de repente me da ese bajón de, a lo mejor, no poder dar más y hay momentos que me dan ganas de dejar todo botado. Uno tiene que sentirse capaz de llevar la responsabilidad que tienes" (Claudio, 26 años).

IV LA SEXUALIDAD EN LA IDENTIDAD MASCULINA HETEROSEXUAL

En este capítulo trataremos de la sexualidad y su relación con su identidad de varón heterosexual, cómo toman conciencia, se socializan e inician sus primeras prácticas sexuales.

Hablar de sexualidad en general y de su experiencia en particular, es algo que incomoda de alguna manera a la mayoría de los jóvenes consultados. Ello se debe, en gran parte, a que es un tema que toca aspectos que hacen a su intimidad, entendida ésta como un plano protegido de sus vivencias. Pero también la conversación no es fácil porque existen problemas de lenguaje. Hay un lenguaje vulgar de la sexualidad, que al joven le produce vergüenza comentar con un tercero, a no ser que sea un amigo. Es un tema del que se habla poco y faltan palabras adecuadas. La precariedad de palabras, el desconocimiento de un lenguaje que exprese de manera más válida lo que han vivenciado, es una de las cuestiones que queda en evidencia. En varios de ellos hay una escasez de conceptos y lenguaje para hablar sobre la sexualidad. La sexualidad más bien se vive.

"¿El sexo? Difícil la pregunta. Ahí no te sabría responder por ese lado" (Chano, 22 años).

1. La conciencia de la identidad sexual propia

Para la mayoría de los jóvenes entrevistados su identidad sexual como varones heterosexuales era un hecho evidente desde niños y, según ellos, quedó de manifiesto cuando su "pensamiento" fueron las mujeres. Las miraban, las "encontraban" bonitas, las deseaban, les gustaban, les resultaba placentero su contacto con ellas, fantaseaban con ellas, se masturbaban.

"Siempre me he dado cuenta. Cuando empezaba a mirar a las chiquillas, como de los 13 años, una cosa así. Me daba cuenta que me gustaban las chiquillas. Porque las miraba y las encontraba bonitas" (Calo, 21 años).

"Mi sexualidad yo la adquirí de cuando era muy niño, o sea yo sabía que era hombre, y nada más, nunca se me vino otro pensamiento a mí mente, o nunca se me vino otro deseo o ni una cosa, o sea deseo de acostarme con un hombre, nunca. Supe que sí que el pensamiento mío eran las mujeres y nada más, nunca se me pasó por la mente otro pensamiento. Y me sentía, como te dijera yo, tranquilo, o sea, me sentía hombre por todas las cosas" (Chucho, 29 años).

"De chico yo cacho que sentía que era hombre, porque me gustaban las mujeres. Por ejemplo, me acuerdo que veía una niña en el colegio, de primero a cuarto, siempre me gustó, siempre. La C. parece que se llamaba, pero estaba eternamente enamorado, o sea, no tanto, me gustaba la C. de 1° a 4° año y nunca le dije nada, ella sabía que ella me gustaba y yo nunca supe si yo le gusté a ella. Tenía 7 años y siempre me acuerdo que me gustaba la C. No, primero, en primero me gustaba la L. y después me fui a segundo y ahí me gustó la C. Es que me creía Batman cuando estaba en primero básico" (Lino, 29 años).

Para otros jóvenes, en cambio, el momento de la definición de su heterosexualidad está dado en la confrontación con una mujer en la adolescencia. Es el contacto con ella lo que les lleva a afirmar su identidad sexual.

"En la pubertad, esa es la etapa de transición, ahí más o menos ya define si va a ser hombre o se va a desviar por la homosexualidad, él verá no sé, por la formación que haya tenido, hay infinidad de cosas que influyen. ¿Hombre, cómo me hice hombre? Porque fue una opción mía, porque en el momento de la pubertad, pensé: puta me gusta de repente un compañero y eso es normal que te guste un compañero hombre, es que estás en un período de transición que no sabes, hasta que conocí a una compañera, me gusto la compañera y me quedé con la compañera. ¡No socio!, dije, me gustan las mujeres, no soy, no tiro para el otro lado, buena onda, así fue. Yo me sentí tranquilo, porque sabía que estaba justo en la edad donde uno se puede confundir y todo eso, entonces yo dije: no, ¡sí, me gustan las mujeres! (risas). Puede ser una opción, puede ser un problema biológico, vaya a saber uno, uno no está en la psiquis de los homosexuales. Mira, mi hermano está en ese proceso grave, terrible porque mi hermano tiene 16 años y no sabe si le gustan los hombres o las mujeres" (Polo, 21 años).

a) El despertar de la sexualidad

Según la reconstrucción que hacen los jóvenes entrevistados de su infancia es posible identificar aquellas vivencias y sentires que le abren su sexualidad. Desde niños, y especialmente con la pubertad, comienzan a experimentar una serie de cambios corporales y sensaciones que hasta ese momento desconocían, no estaban en su experiencia. Aparece el pudor. El trato de los otros mayores se va modificando con relación a ellos, en particular el de los padres. Escuchan comentarios hasta ese momento desconocidos.

Algunas de las manifestaciones que les hacen tomar conciencia de su nueva condición son, por ejemplo, la aparición de los vellos; el pudor de ser vistos desnudos especialmente por mujeres, incluidas la madre; la enseñanza, especialmente de los padres, de que hombres y mujeres deben tener espacios diferentes y los comentarios de mayores acerca de que "ya es un hombrecito".

"Yo no me di mucho cuenta del sentido, que "oh!, mis cuestiones ..." a nosotros siempre, cuando chicos, nos bañaba mi mamá y nos bañaba mi papá. Teníamos una artesa grande y ahí nos bañaban. Nunca tuvimos desde chicos agua caliente; entonces nos calentaban agüita y toda la cuestión, además a los cabros chicos no los bañan nunca al mismo tiempo. Entonces hubo un tiempo en que ya me empezaron a salir vellitos y cosas y mi papá me los descubrió y le dijo a mi mamá "mira, se está haciendo hombrecito" y ahí yo dije "tate, viejo, ya estás listo, ya no soy niño" Ya me daba vergüenza que mi mamá me bañara, o sea no vergüenza sino que de repente me daba como..." (Maly, 28 años).

"La mamá nos decía que cuando niño uno se puede bañar con las hermanas, pero cuando están más grandes no; cuando uno entra a una edad suficiente ya no. Y después, tener sus piezas aparte, la mujer su pieza acá y el hombre su pieza allá, no estar durmiendo siempre juntos" (Lucio, 29 años).

Junto a las nuevas sensaciones experimentadas, a los cambios de su cuerpo y a las enseñanzas de los padres, los varones comienzan a distinguir a los hombres como distintos de las mujeres. Los varones son distintos a las mujeres.

"Me acuerdo que estaba en el jardín y estaba pinchando, estaba pololeando, tenía una polola y estaba pololeando con una cabra, y me gustaba la otra, la más chica. Sexualmente no pasaba nada, pero ya se notaba que había una diferencia entre un hombre y una mujer, y siempre trataba a las mujeres como a personas distintas, sin dejar de ser personas; más delicadas físicamente. El hombre por ser una función distinta, por ser más analítico, tiene

como una mayor ..., cómo más fuerte, en cuánto a ver, cómo decirlo, tiene sus métodos no sé, como que... otras decisiones tal vez en cuanto a carácter" (Willy, 21 años).

Diversos estímulos se hacen presentes en esta edad: encontrarse de improviso con una mujer mayor desnuda -la amiga de mamá, una tía, prima, hermana mayor o vecina-, ojear una revista pornográfica, mirar una película del mismo tipo. Estas situaciones remecen a algunos de los varones.

"Ah, cuando pesqué la revista, cuando yo vi, tenía como 8 años, ahí yo me di cuenta cómo, dónde la mujer tenía su parte, o sea cómo se hacía, donde entraba, después... Bueno, primero que nada, yo era chico y me excitó al verla, yo me excitó y ahí yo me di cuenta como se hacía, como era el sexo, las cosas que se hacían, como tú podías ponerla, de las maneras, todo eso. Y después, cuando empecé a tener relaciones, me acordaba de la revista y era más o menos lo que yo empecé a hacer" (Héctor, 29 años).

La aparición del deseo y la fantasía de estar con una mujer son también manifestaciones a través de las cuales los jóvenes tomaron conciencia de su sexualidad.

"De la sexualidad sólo te das cuenta cuando te dan ganas, de repente, de estar con una mujer o si no de masturbarte. ¿Qué sentía?, lo que todo hombre siente. Buscar una pareja y tener relaciones" (Fabio, 25 años).

"Yo cacho que a temprana edad tomé conciencia de mi sexualidad, porque yo sabía lo que era tener sexo. Yo cacho que como a los 14, 15 años yo ya miraba a las mujeres. Sabía lo que escondían y me gustaba mirarle las piernas y todo lo demás. Porque tenía sensaciones raras al principio, cuando veía películas o revistas, se me paraba "el que te dije" y me daban ganas de acariciarme. A veces me daban ganas de tocar a una mujer. Me daban ganas de estar con ella o imaginarte cualquier cosa, pero sólo por la noche estar con ella. Y lo solucionaba como lo hace todo adolescente pues, masturbándose, es la forma más simple que hay" (Yayo, 26 años).

"A raíz del mundo de los negocios mi papá tenía relaciones con la Vega³. En la Vega, ahí ya nació en nuestros cuerpos el instinto de tener una mujer y ahí todavía no lo practicaba, pero teníamos la idea, o con el hecho de ver a una pareja en el acto, uno ya como que empieza a acelerarse los genitales y que empieza como a necesitar de la mujer" (Pancho, 27 años).

La conciencia de su sexualidad es reafirmada con los primeros pololeos y el contacto físico con la polola, alguna amiga o vecina y la sensación placentera que ello provoca. Se hacen presente las manifestaciones de un cuerpo que no se controla.

"Bueno, yo me di cuenta de mi sexualidad cuando abrazaba a mis pololas y yo me erectaba. Trataba de mantenerlas lejos, las abrazabas y todo, pero "estas partes" las tratas de mantener lejos, para que no sientan. Y cuando ella se da vuelta, te tratas de meter la mano al bolsillo y te empiezas acomodar así, para que no se te note. Ahí me di cuenta que sentía ganas y con mi polola también. Yo creo que sí, y trataba de ocultarlo, de echarme para atrás, pero es una huevada incómoda; peor salir con buzo, con buzo hacete para allá, pero tratas de cambiar el tema" (Roni, 21 años).

"Cuando estuve pololeando sentí deseos. Una vez que pololité y esa relación fue más seria" (Chano, 22 años).

3 "La Vega" es el mercado mayorista y minorista tradicional de frutas y verduras de Santiago.

"Yo cacho que cuando, la primera vez que anduve con una mujer, la primera vez que agarré a una mujer a besos y esa onda, como que ahí empecé a sentir. Claro, al estar con ella tenía que darle paso no más, que saliera no más, no dejarla ahí encerrada, que saliera no más" (Coto, 28 años).

"Cuando veía a alguien que me gustaba y empezaba a ... (se mira la zona genital). "A encabritarse el niño". "Se entusiasmaba". Entonces ahí empecé a darme cuenta y ahí sabiendo por qué" (Guido, 26 años).

Para los jóvenes entrevistados el despertar a la sexualidad es un proceso que transcurre a lo largo de algunos años. Algún hecho particular o una secuencia de situaciones le hacen ver su condición de varón, de varón sexuado, heterosexual. Desde la aparición de cambios en su corporeidad, vellos, pendejos, cambio de voz; pasando por la incorporación a los "clubes de Tobi"⁴ para distinguirse y no contaminarse con las mujeres, hasta reconocer a las mujeres como fuente de atracción, fantasía y placer, transcurre un tiempo. Este proceso ha sido experimentado por estos jóvenes, cada uno a su manera, pero con muchas semejanzas entre ellos.

b) La primera polución y el deseo

La experiencia subjetivamente iniciática de la sexualidad es, para muchos, la primera polución. La primera polución es en general una experiencia inesperada para los varones adolescentes. Nadie les anticipó lo que se les venía o nadie se atrevió a hacerlo. Salvo a un muchacho, el resto no fue advertido. Hasta ese momento nadie les había conversado acerca del sexo y de la propia sexualidad.

"Como te decía fue como a los 11 años. Pero no sabía lo que era, como te decía, arreglaba la almohada y de repente ya, no sabía lo que era" (Roni, 21 años).

"Lo que sí me acuerdo que sentí, no sé si fue dolor o nervios lo que sentí, pero sentí algo raro. Pero después me di cuenta que era algo propio de mí. Era algo con lo que yo podía satisfacerme. Sí, antes de hacerlo, masturbarme, me pasé películas" (Yayo, 26 años).

No sucedió así en el caso del adolescente que fue advertido por el padre con anticipación de que tendría una polución en torno a los 12 o 13 años, éste supo interpretar la situación:

"Me asusté porque me estaba tocando de repente. Ahí yo dije: ah, éste es el semen, soy hombre, ya puedo ser padre, hay que andar con cuidado chico. Ya puedes, o sea, ya puedo tener relaciones" (Polo, 21 años).

Esta mezcla de secreción líquida, y en algunos casos placer, unida al inesperado atractivo que comienzan a tener las mujeres, especialmente sus cuerpos, así como la excitación que irrumpe sin importar la voluntad del adolescente, son una experiencia nueva. Se quiebra el mundo de la infancia, se abre un campo nuevo que comienza a estar dominado por el deseo y la excitación, el riesgo y el temor; cuyo centro son las mujeres y sus pares.

4 "Club de Tobi": sólo varones, no se admiten mujeres.

La primera polución y la circunstancia en que se produce es una experiencia que recuerdan con precisión algunos de los jóvenes. Otros, sin recordar el momento, tienen muy presente la irrupción que significó en sus vidas.

En varios de los muchachos esta experiencia produjo una mezcla de incomodidad, placer, vergüenza y miedo.

"A ver... fue como a los trece, doce, trece años y estaba durmiendo, tuve un sueño húmedo y fue después o en esa fecha más o menos, aprendí lo que era masturbarse. Y sentí curiosidad diría yo. Claro que tuve placer, pero lo hacía como con miedo, entonces no tuve orgasmos, pero empecé a sentir miedo y era escondido, entonces como que terminé ahí" (Willy, 21 años).

"Fue un momento cuando uno está así por quedarse dormido. Esa onda, después de que acumula pensamientos y de repente su revista que le prestaron por ahí y toda esa onda, esa onda fue. Si, me masturbé y sentí incomodidad, miedo y sí, en relación con lo que se siente ahora sí, igual hubo algo de placer" (Alex, 24 años).

"Yo creo que fue una polución nocturna. Me asusté. Porque no sabía si me había hecho pichí en la cama, pero no era eso, desperté asustado, y las sábanas ... (risas), eso me paso no más. En mi familia no se dieron cuenta. No sé, me habrían hueveado no más. No habrían pensado que fue una eyaculación nocturna, sino que me habría masturbado, me dirían "ah, ya estás hueveando", me hubieran agarrado para el hueveo" (Keko, 25 años).

"Si como te digo fui bien precoz. Los cambios que iban habiendo, los sueños que tenía. De repente despertabas, pero listo. Muchas veces tuve que cambiar las sábanas de lado, pero yo no me masturbaba sino que era por esos sueños. De repente igual tenía vergüenza. La primera vez que yo lavé mis sábanas mi mamá me quedó mirando como diciendo "qué huevó hiciste". Pero ella ya lo entendió, porque ella ya había tenido cuatro más que ya le había hecho la misma talla" (Maly, 28 años).

La sensación que sintieron fue tan intensa que varios de ellos no tenían palabras para expresar dicha vivencia.

"No sé, sentí algo como ¡Putá! Cómo explicártelo, placer" (Chano, 22 años).

"Sí, de esa huevó que de repente como que no sientes nada más, ¿cachai? como que te quedas en blanco y eso sería todo" (Maly, 28 años).

Las circunstancias en que se produjo la primera polución fueron diversas para los distintos jóvenes. Algunos en un sueño nocturno, otros con una fuerte calentura que terminó en una eyaculación, para los más a través de una masturbación.

"No, no me recuerdo bien, pero me recuerdo que siempre me masturbaba, sí me masturbaba, con el pensamiento. Veía una chiquilla bonita y pensando en ella que la había visto. Y después en revistas, pero después" (Calo, 21 años).

"Me dieron ganas de masturbarme, pero no lo hice. No sé, en un momento uno se da cuenta que no se debe. No se debe porque no se debe hacer y yo no lo hice. Sí, me dieron ganas, pero no lo hice. Yo creo que fue de calentura, pero eso de masturbarme no, ni cagando. Sí, sentí como una calentura" (Fabio, 25 años).

"En circunstancias que uno empieza como a incomodarse. Es como yo creo que en toda la etapa de nuestra vida nos sucede, porque se excita uno con una mina y empieza al tiro como

"Bueno, acudía a la masturbación, que es lo natural" (Alex, 24 años).

"Como a los 12 años en que fue mi primera masturbación, tuve conciencia de mí sexualidad. Antes de eso sí ya tenía antecedentes, tenía una idea... Fue tranquilo, estaba en mi pieza solo. Incluso creo que me preparé, pienso que estaba preparado. La masturbación fue plena" (Darío, 25 años).

"En general, así bien general, una forma de relajarse" (Maly, 28 años).

Para la mayoría esta vivencia era algo íntimo, no se compartía con los otros, aunque algunos, ocasionalmente, hayan tenido juegos masturbatorios con otros muchachos.

"Es la masturbación era algo mío, era una autosatisfacción mía, no tenía porqué hacerla pública" (Roni, 21 años).

En cambio otros, los menos, contaban a sus amigos que se masturbaban.

"Lo que pasa es que uno interesado, aprende a masturbarse y aprende inmediatamente lo que es la sexualidad de uno, como es y todo. Nunca tomé con exceso la masturbación. Como sabía del tema y me lo había estudiado todo, sabía que no podía ser en exceso la masturbación. Pero no la rechazaba y no me daba cosa decir que me masturbaba en la escuela, al contrario decía ¡qué rico! ¡no es nada malo! incluso abría los temas y eso de ser pajero lo aceptaba ¡sí soy pajero, tres o cuatro veces a la semana! Avergonzarme no, tenía libertad con mi cuerpo y lo conocía, no me daba miedo decir nada" (Darío, 25 años).

La masturbación produce una satisfacción intensa, es la satisfacción física del momento, es una autosatisfacción, es algo rico, es buena, permite relajarse, dicen los jóvenes. Es la forma de desahogarse de la necesidad, especialmente cuando no se tiene contacto con mujeres. Pero se debe controlar, hay que controlar al cuerpo, en caso contrario se puede transformar en un vicio.

"De chico fue, era un vicio, la masturbación era lo mejor, era la satisfacción física en el minuto, se recupera de una y va al tiro a la otra en el caso mío. Hasta que ya después uno empieza a relacionarse con mujeres" (Pancho, 27 años).

"De la primera masturbación en realidad no me acuerdo, yo era chico. Pero si me acuerdo que ni siquiera me acercaba a nada, pero igual sentía la sensación; no sé a que edad debe haber sido, pero era chico. Sí, de repente lo hacía seguido" (Héctor, 29 años).

A diferencia de los anteriores, otro joven buscaba el desahogo de la necesidad a través del deporte y no se masturbaba.

"Nunca me masturbé, yo creo que eso fue para mí como, no sé si es frustrante, pero era algo que yo escuchaba mucho de mis amigos, de la gente adulta, como que era bueno, era relajarse. No me masturbaba, ¿sabes por qué?, creo que porque hacía mucho deporte. No, no era como el centro de mis motivaciones" (Andrés, 26 años).

2. Los agentes socializadores de la sexualidad de los varones

Cuando el niño/adolescente comienza a vivenciar su cuerpo y el deseo, se plantea si es algo normal lo que le está sucediendo. En general la sensación es muy intensa y a veces el temor por preguntar es grande.

¿Quiénes son los agentes que socializan al niño/adolescente en lo que significa ser hombre y en la sexualidad masculina, en los mandatos sociales y en las prácticas? Entre los principales agentes socializadores, mencionados por los jóvenes entrevistados, está el núcleo familiar, el colegio y los pares, y la calle.

Las imágenes identitarias que se transmiten en la socialización no corresponden sólo al lenguaje oral y/o escrito, sino que también y principalmente a la vivencia con otros y de otros que son significativos, a la observación, la participación en un medio donde esas identidades están encarnadas en personas con las que se convive o se tiene conocimiento.

a) Hijos de padres asexuados

De acuerdo a las vivencias que los jóvenes tuvieron con sus padres, según los relatos, la gran mayoría fueron padres que estuvieron ausentes físicamente o pasivos en el ámbito de la sexualidad, sólo algunos hicieron cierto acercamiento en este plano.

Los padres ausentes, que no estuvieron físicamente presentes en su infancia/adolescencia, fueron varones desconocidos en el ámbito de la sexualidad, no hubo posibilidad de encuentros con ellos. Fueron padres que murieron o abandonaron el hogar cuando los jóvenes eran infantes, y cuyas parejas, las madres, no volvieron a tener en general una pareja de convivencia permanente con otro varón que asumiera la función paterna. En dos casos las madres también murieron o les abandonaron y fueron a un hogar de menores siendo niños.⁶

"Hasta como los 11 años, 12 años, 8, 9 años, más o menos por ahí. Lo que pasa es que nunca vivieron juntos, mi mamá era mamá soltera, entonces nunca vivieron juntos. Él llegaba, estaba constantemente llegando, de repente desapareció. Ahora tengo contacto con mi papá" (Lino, 29 años).

Los padres pasivos pese a estar físicamente presentes conviviendo con ellos, fueron percibidos como padres asexuados, que no hicieron ningún tipo de manifestación ante el hijo de que la sexualidad es parte de la vida cotidiana. No conversaron con el hijo acerca de ello. No mostraron su propia sexualidad ni la convivencia sexual con su pareja. No participaron en ningún hecho relevante, relativo a su sexualidad. Cuando llegaron a hacer algún comentario, ya los hijos habían aprendido por ellos mismos. Llegaron tarde, muy tarde. Estos padres tampoco estuvieron presentes en la iniciación a la vida sexual activa de los jóvenes. Generalmente, en estos casos la madre aparece también como una mujer asexuada, que tampoco conversó ni visibilizó, en algún sentido, su propia sexualidad. Más de la mitad de los varones entrevistados está en esta situación.

"Mis padres nunca me explicaron nada. Bueno yo nunca tampoco les pregunte nada. No" (Chano, 22 años).

⁶ Una proporción importante de los jóvenes está en esta situación, entre ellos, Alex, Fabio, Guido, Ángel, Chucho, Héctor, Lino y Lucio.

Siguiendo este camino, la madre puede ser transformada en un ser asexual y pasivo por los propios hijos, si ella no demuestra lo contrario. Es llamativa la argumentación que usa Yayo, sin padre desde pequeño, al impedir con sus hermanos que la madre recibiera algún pretendiente, echándole uno que la iba a visitar a su casa. La madre es sólo para el padre, aunque éste hubiese muerto. La madre así es convertida en una mujer asexual.

"Nunca nos gustó la idea de que mi mamá se metiera con otra persona, y hasta el día de hoy nunca lo ha hecho. Es que yo también soy justo y si mi mamá hubiese necesitado a una persona pienso que ella la hubiera buscado" (Yayo, 26 años).

Pero, al contrario de las anteriores, hubo madres que intentaron hablar con el joven cuando eran niños/adolescentes, aunque no se atrevió a seguir adelante. Otras en cambio, se transformaron, según los jóvenes, en sus consejeras en algunas cuestiones relativas a la sexualidad y afectividad. A ellas les consultaban inquietudes y dudas que tenían, aún les siguen consultando. Son madres que están/aban dispuestas a responder. Su consejo orientó, según los jóvenes, su sexualidad y afectos, y les señaló comportamientos de mayor respeto y responsabilidad hacia sus parejas. Las madres les orientaron en una sexualidad más responsable y digna.

"No te vayas a meter con esa niña, que es bien niña todavía, tú eres más grande", cosas así" (Keko, 25 años).

"Que me cuidara mucho, que cuidara mucho mi cuerpo, pero que respetara mucho el de mi pareja. Que el hacer el amor con una niña a mi edad no era correcto, o sea, eso le correspondía a los adultos. Que era sí legítimo el tocarse, pero no más allá" (Andrés, 26 años).

"Claro, cuando yo estaba en aprietos con mi polola o por el estilo; yo un poco más le contaba a ella, porque mi papá era un hombre, era un cero a la izquierda en esa materia, no me podía asesorar en la parte sentimental" (Pancho, 27 años).

"Yo siempre que tuve dudas de sexo le pregunté a mi mami, y en cuanto a conversación, en cuanto a eso había harta comunicación con mi mami... En la calle me abrían los ojos y mi mami me explicaba lo que en realidad era" (Lino, 29 años).

c) Parejas sin intimidad

Si el padre y la madre, para muchos jóvenes, eran vivenciados como personas asexuadas y pasivas, difícilmente se podía esperar que la sexualidad de éstos en pareja fuera diferente. Cuando ellos convivieron en su infancia/adolescencia con sus padres o con la madre y su pareja, la intimidad de ellos no era, en general, visible para los jóvenes o los padres la negaban ante los hijos, aunque a veces había situaciones que los delataban. En algunos casos los jóvenes veían a sus padres como personas viejas que ya no tenían vida sexual.

"No sé, siempre nos dijeron que ya estaban viejos para ese tipo de cuestiones. No sé, nunca se me pasó por la mente" (Claudio, 26 años).

"Nunca, nunca sacó el tema de sexualidad él, ni entre mi papá y mi mamá, esa parte nunca fue muy fluida. No. No, nunca los vi como quien dice en ese plano, en controles físico, sexual,

no nunca. Creo que yo cuando ya empecé a tener conocimiento de lo que es vida, él ya era un hombre viejo. Tenía 40 años mi papá y 40 años mi mamá cuando yo nací, cuando yo puedo haber tenido conocimiento puede haber sido a los 8 años, una cosa así. Ellos tenían 50, ya estaba con la cuestión así para abajo ya" (Pancho, 27 años).

En otros casos en cambio, pese a que la intimidad era desconocida, había gestos de afecto y cariño entre ellos que los hijos observaban.

"Tuve un padrastro sí. ... Y él como que se mostraba un poco, no en lo íntimo, íntimo, en lo que es la cama, pero andaba detrás de mi mamá y la tocaba de repente" (Lino, 29 años).

Uno de los jóvenes vivenció como el padre, que los había dejado, ejercía poder sobre la madre mediante el dinero que le daba para la mantención de ella y su hijo.

"Una vez los vi, pero por intruso, porque vivíamos en una mediagua, en un campamento. Entonces ahí mismo vivía mi abuelita; mi papá nos iba a visitar esporádicamente, teníamos como seis años, y era las veces que mi papá, él venía a dejar la plata, entonces mi papá nos pasaba un dulce y nosotros teníamos que salir para afuera. Y yo de intruso un día los vi haciendo el amor" (Andrés, 26 años).

La presencia de padres asexuados, que no hablan de la sexualidad masculina, ni del deseo y el placer, ni muestran vivencias de la sexualidad de la vida en pareja, reafirman en el niño/adolescente la sexualidad que hace uso del poder aprendida de algunos padres y de la calle, que distingue entre la mujer propia (esposa, pareja) y las otras mujeres; entre amor y sexo. Se tiene sexo fuera del hogar, con otras mujeres, aquellas que se poseen haciendo uso del poder que tiene el varón.

De los padres también aprendieron, cuando niños/adolescentes, que los hombres emparejados ocultan la vida sexual con la pareja, o que están viejos y ya no tienen deseos ni actividad sexual, o si tienen deseos los satisfacen fuera del hogar, con otras mujeres.

Algunos aprendieron que con dinero un hombre puede forzar a una pareja, por ejemplo la madre abandonada, a tener sexo.

d) Entre hermanos no se habla de sexualidad

Los hermanos, especialmente los mayores, están subjetivamente ausentes en la socialización de los jóvenes entrevistados. En general, ni ellos, ni otros parientes hombres mayores son mencionados por los varones como personas que de alguna manera participaron en la construcción de su sexualidad. Cuando hubo hermanos cada uno de los arregló como pudo, a su manera.

"Yo cacho que nunca nos expresamos en ese sentido, ni entre los hermanos hablábamos de "oye", "¿viste eso?" Cada uno se preocupó de saber cómo era" (Maly, 28 años).

O reafirmaron el mandato de que a las mujeres se las conquista y posee, dando consejos de cómo conseguir mujeres.

"Mis hermanos mayores o amigos mayores que, un poco, lo asesoraban a uno en esa materia" (Pancho, 27 años).

"De ponerme condón, no. No porque la conocía hace tiempo ya" (Fabio, 25 años).

"No, porque ella andaba ... o sea precauciones en el sentido que yo me pudiera enfermar no, no tomé ninguna. No, ella tenía dispositivo" (Maly, 28 años).

En cuanto al contagio de enfermedades de transmisión sexual los jóvenes en general estiman que si conocen a la mujer desde antes y la han tratado, ella seguramente no tiene una enfermedad de transmisión sexual y, por tanto, no se arriesgan si tienen sexo, no necesitan usar condones.

"No, porque antes no estaba el SIDA. Pero no yo más o menos sabía con quien me metía. Si hubiera sido una desconocida; que yo nunca había visto a lo mejor ahí uno toma una precaución, pero yo sabía quien era. Y más encima, con un poco de trago, uno no sabe si tomar precauciones o no" (Lucio, 29 años).

c) Prostíbulos y topless

Con el inicio de la vida sexual activa comienza, para algunos jóvenes, una etapa de visitas, más bien esporádicas, a prostíbulos y topless.

"Desde los 14 hasta los 16 nada, después fueron a lo lejos. Después ya empecé a ir a las casas de putas, cuestiones así" (Keko, 25 años).

"Como a los 15, salimos con unos amigos a Rancagua, me llevaron para ayudarles a trabajar y como eran mayores que yo fueron a una casa de prostitución. Y me invitaron y pasamos todo un pisco y ahí yo me acosté con una de ellas. Esa fue la segunda vez, ahí yo sabía a lo que iba, o sea por ejemplo, estaba conversando así y no hallaba la hora de subirme, de tirar luego. Esa fue la segunda y después ya, empecé ya a conocer mujeres, empecé ya, otra onda ya, de ahí empezó más o menos continuo" (Héctor, 29 años).

Otro jóvenes manifestaron en cambio, que nunca habían ido, entre ellos Guido, Lucio y Calo.

"No porque no soy fanático por eso, no me llama la atención" (Lucio, 29 años).

Algunos habían ido una vez, como Darío, Andrés, Claudio y Coto.

"Pero no hice nada pues no me llamó la atención, no me dieron ganas. Fui por conocer, por saber de qué se trataba, todo dentro del carrete. Tenía idea más o menos de lo que era, pero nunca había ido" (Darío, 25 años).

"A uno de los amigos del grupo se le ocurrió ir. De repente siempre a uno de le ocurre: sabes que vamos, vamos, ya vamos, partimos. A ver que qué onda. La mayoría nunca habían estado" (Coto, 28 años).

Los menos habían ido más de una vez a topless y/o prostíbulos, pero no era algo habitual en ellos. Generalmente duró hasta el momento de empezar a convivir con la actual pareja.

"Después de la primera relación ya empecé a ir a casas de putas y topless. Pero ni tan seguido, habré ido 6 o 7 veces, para relajarme un poco, con amigos, con mi primo.

Llegábamos leseando, a contar las historias en la plaza, en la micro; lo pasábamos bien, tomábamos su cerveza" (Keko, 25 años).

"A uno ya se le empiezan a acelerar los genitales y que empieza como a necesitar de la mujer y ahí existió la prostitución, por la cual tu pagabas y pisabas tranquilamente, satisfacías tus necesidades. Después fue como un vicio, porque encuentra tanto sabor uno al carro ese, quiere habitualmente estar haciéndolo. Pero después llega el momento que ya las aguas se aquietan. Después ya nunca más fui a prostíbulos, nunca le pagué a alguien para hacer el amor, sino que ya empecé a tener pinches y las minas eran medias facilonas, pero no pololas, sino que milongas no más a las cuales había que darle en el blanco" (Pancho, 27 años).

"Yo iba mucho a los topless, me gustaba ir con esos mismos amigos que andaba en auto y trabajaba en las alfombras después pasábamos a los topless. Hubo una vez que le gusté a una galla y me invitó con ella y nos acostamos. En realidad te puedo decir que fueron dos veces que estuve en esas casas" (Héctor, 29 años).

A varios de los que fueron no les gustó, porque la conquista no era tal. Había que pagar para poseer una mujer y no siempre era posible elegir.

"Porque no me gusta andar pagando" (Coto, 28 años).

"Una, que había que pagar, tuve que pagar para que fuera eso. La otra, fui quemado, era la única que estaba ahí, entonces no me dieron a elegir 'oye, cuál quieres'. Me dijeron 'ya, yo soy'. Total, más elecciones no tenía. Entre la vieja que te abría la puerta y ella (risas)" (Maly, 28 años).

"He ido como tres veces. Las dos primeras no me gustó porque se vende el sexo, o sea, es sexo vendido y yo pienso, siempre he pensado que hacer sexo es con amor, siempre tiene que haber algo entre medio, ejemplo de que ambas partes estén de acuerdo. La última vez sí me gustó, fui con una prostituta" (Lino, 29 años).

A otro varón tampoco le gustó, porque no había intimidad, ni seducción en la que el varón pudiera inducir a la mujer. Al contrario era ella la que se abalanzaba.

"Estaba aburrido, no le encontraba ni pies ni cabeza a la cuestión de que una mina bailara, se empelotara, se tirara encima tuyo. Yo lo encuentro, cómo te dijera, asqueroso. Con una pareja, claro, una polola, pero no una huevona que no conoces" (Fabio, 25 años).

yo no aguantaba para quedarme despierto. Eso puede haber alterado, porque uno llega tarde, cansado y esperar que ella se quede dormida. O también puede que haya afectado que yo no vivía solo con ella, en una casa, vivía en departamento, tenía que esperar que se acostaran todos para poder tener una relación completa" (Calo, 21 años).

"Es que cuando no hay privacidad, como que no se puede" (Coto, 28 años).

El embarazo es una experiencia intensa para los varones, una situación propicia tanto para generar crisis en la vida sexual de la pareja, como de aprendizaje, según los jóvenes. Durante el período del embarazo, parto y post parto el varón se siente tentado a tener relaciones con otras mujeres, cuando no las puede tener con su mujer. Después del todo, él hombre es un animal y tiene deseos.

"Sí. Tuve que esperar cuarenta días. Me alteró bastante. No me pude aguantar. Y no me sentí mal porque es algo biológico, porque somos animales" (Roni, 21 años).

Pero esa misma circunstancia permite el acercamiento del joven con su pareja, cuidarla para el futuro.

"Claro, la cuarentena y toda esa onda, sí, ahí me acuerdo al tiro de eso. Y después de eso, la cuarentena y dos meses más, porque, bueno mi señora sufrió la mala experiencia de partirse hacia el lado, se partió hacia el lado. Entonces crisis sexual, tener que atenderla yo, tener que yo hacerle curaciones y ahí fue cuando yo creo que me alimentó, fueron los momentos que más me alimentaron de amor, o sea, ya la entrega absoluta, tener que como quien dice, reparar lo que te va a servir en adelante" (Alex, 24 años).

5. Relaciones paralelas y sexo ocasional

Pese a que los jóvenes en general evalúan positivamente la vida sexual con su pareja, las relaciones paralelas y el sexo ocasional no les es ajeno.

Varios de ellos preguntados sobre relaciones paralelas y sexo ocasional señalaron que se habían sentido tentados, pero no las consideraban convenientes.

"He tenido varias veces oportunidad y a veces me he tentado, pero no, no he tenido así, cómo decir, el descaro así, atreverme hacer eso, no me he dado" (Willy, 21 años).

"Que no deberían de existir las relaciones paralelas ni el sexo ocasional, porque es un daño que uno se hace. Sí, me he tentado, pero no pasó nada. Más que nada por cuidarme de pegarme alguna enfermedad y después transmitírsela a mi hija. Sería como para pegarse un tiro. Bueno, y también por respetar a mi pareja" (Yayo, 26 años).

Otros en cambio, afirmaron que las habían tenido, especialmente cuando andaban mal con la pareja.

"Cuando tuvimos el conflicto con mi señora, estuvimos a punto de separarnos, entonces ahí yo tuve la primera experiencia y mala a la vez, de tener una pareja fuera de mi señora, pero en otras oportunidades las he tenido y no hemos tendido problemas. Pero es poco lo que duran, claro son ocasionales, y de repente te juntas con una loca y ..." (Chuco, 29 años).

Y están también los que recuerdan que los hombres son mujeriegos, el cuerpo tira.

"Pienso yo, que a uno que es hombre se le da la posibilidad de conocer a una niña y lo haces por tirar,. Al hombre que es mujeriego y yo siempre fui mujeriego lo hace porque te salió la movida, por que tienes la oportunidad, por eso uno de repente busca afuera, y de repente uno ni busca y salen mujeres" (Héctor, 29 años).

"Tuve una mujer una vez que me dejó en otra. No sé, era tan ardiente. No sé si era fingido o para tratar de engatusarte, pero eso no lo tenía mi pareja, entonces me gustó. Estuve un mes y se terminó porque era muy espesa esta mina, te llamaba a la casa, así que ahí decidí que no, que estaba perjudicando mi relación con mi pareja. Decidí que había que cortar esa situación. Además jamás yo la busqué, ella me buscaba a mí" (Roni, 21 años).

